# PORFIRIO DIAZ MACHICAO




# MELGAREJO

# MELGAREJO

PORFIRIO DIAZ MACHICAO

# MELGAREJO

BIBLIOTECA POPULAR BOLIVIANA DE "ULTIMA HORA"
1980

*1980 Registro de propiedad intelectual*
*Depósito legal D.L. 108-80*

*Segunda edición*

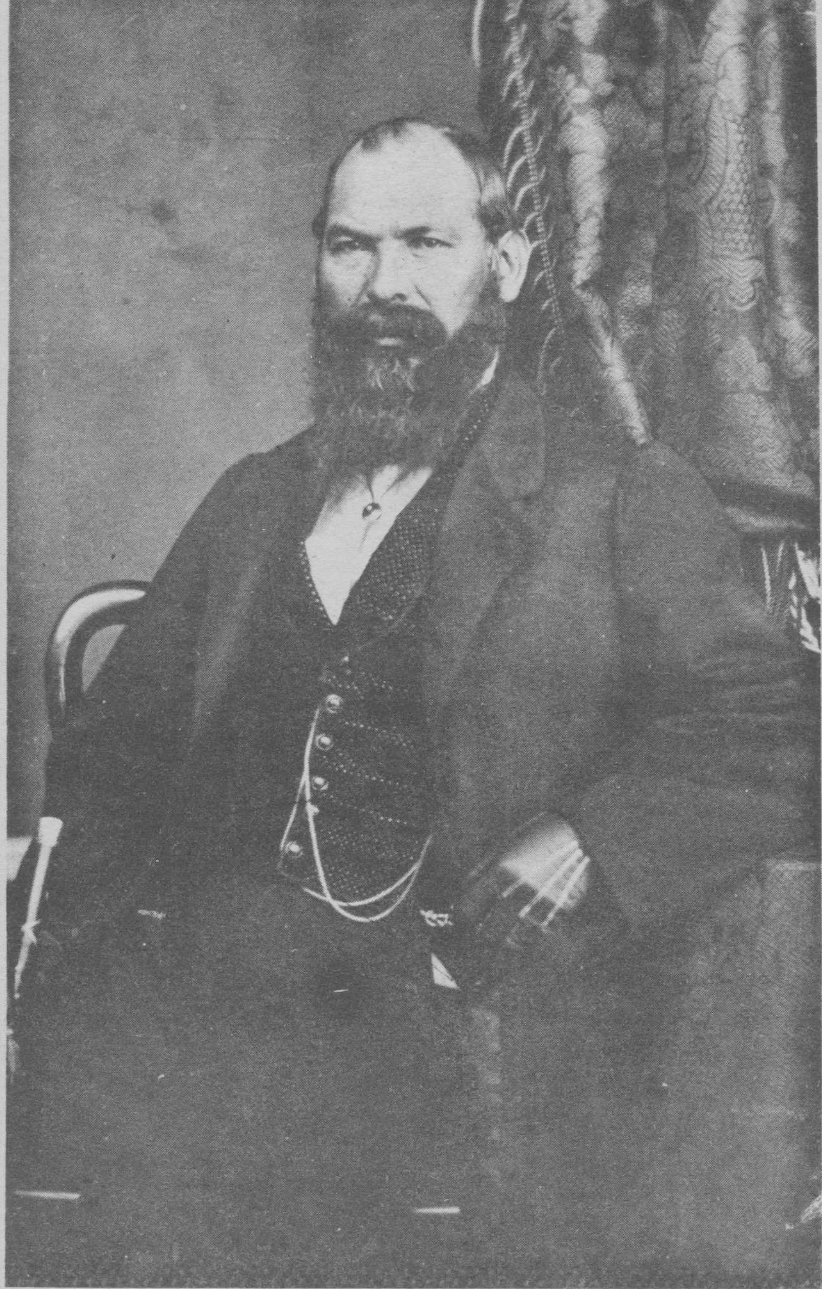


*La carátula corresponde al*
*dibujante boliviano:*

**VICTOR VALDIVIA**

IMPRESO EN BOLIVIA - PRINTED IN BOLIVIA

EMPRESA EDITORA "KHANA CRUZ" S.R.L.



## NOTA DE INTRODUCCION

La Biblioteca Popular Boliviana de "Ultima Hora" se complace en ofrecer al público lector este volumen, que se halla integrado por dos obras de incuestionable mérito: la biografía novelada de Mariano Melgarejo, del consagrado escritor nacional Dn. Porfirio Díaz Machicao, y el ensayo intitulado "Homo Melgarejo", del Sr. Gerardo Mertens.

**La obra de Dn. Porfirio apareció, en su primera edición, en Buenos Aires, en 1944, y circuló poco en nuestro país, pues se agotó en la Argentina.**

**La Editorial "Perlado" la presentó al público bonaerense con las siguientes palabras: "Síntesis biográfica de uno de los personajes más extraordinarios que ha producido la Historia política de América . . .**

Porfirio Díaz Machicao, traza las líneas apoteósicas de su villanía y de su grandeza, en páginas que tienen una calidez impresionante. El tema -según nos lo declaraba el autor en su última estadía en Buenos Aires- es difícil y requiere de un tiempo considerable para ser documentadamente presentado. El novelista espontáneo que hay en Díaz Machicao ha preferido trazar este boceto, casi goyesco de la figura excepcional de Melgarejo. Y lo entregamos a los lectores dejando constancia de este su carácter: sin engaño y sin falsía. Sin embargo, consideramos la obra como uno de los más estupendos aciertos del autor".

El ensayo de Mertens apareció como "fragmentos de una biografía" en el No. 31-32, tomo XIII, correspondiente a los meses de enero a diciembre de 1945, de la Revista de la Universidad de San Francisco Xavier, de Sucre.

La nota de presentación de la revista presumiblemente escrita por su director, Gunnar Mendoza, señala lo siguiente: "Su autor, joven ingeniero químico de origen austriaco, está naturalizado en Bolivia, donde ha residido varios años. "Homo Melgarejo" ensayo primerizo, pero cabalmente

logrado es, en su género, el primer aporte completo a la bibliografía del "Tirano del sexenio" escasa, dentro y fuera de Bolivia. El conocimiento directo que el Sr. Mertens tiene del paisaje y la sociabilidad de este país y la copiosa documentación de primera mano que ha compulsado en la preparación de su obra, son elementos que el lector estimará para formar su juicio".

Melgarejo desgobernó a este país en los años 1865 a 1871, pero su sombría influencia se ha prolongado hasta nuestros días, como lo demuestran palmariamente varias administraciones de mandones de turno que se sucedieron en el siglo XX. De ahí la importancia de meditar sobre su personalidad y acción, a fin de que el país pueda finalmente liberarse de los nuevos melgarejismos, encubiertos bajo disfraces más modernos.

M.B.G.

# *Prólogo*

*Las dimensiones de este hombre rebasan de mis manos. En la grandeza, en el delito, en la gloria y en la muerte, produce en mí un sentimiento de piedad. Quise hacer de él una verdadera Historia. Pero la sangre de su mortaja me ha detenido en el intento. Y aquî está todo lo que de él puedo decir, ansioso de una doliente sinfonía.*

*P. Díaz Machicao.*

I

## EL PAISAJE QUE VIO SU VIDA

ACASO las parábolas de Cristo no han llegado jamás a este rincón mestizo, o acaso este rincón sea opuesto a todos los horizontes donde la palabra fué luz, la acción bondad y la muerte belleza. Quien lo sabe. Tal vez, por milagro negativo, y aun en medio de los valles floridos, los designios del buen espíritu se hayan quedado dolorosamente prendidos en los puñales de los cardos.

Pero es evidente que ahora hemos de entrar en el mundo nublado de un hombre.

¿A dónde hemos venido y a qué? A un laberinto histórico, en pos de un alma humillada, frenética y congestionada de la sangre invisible y maligna de los agüeros.

Un instante hemos vuelto la cabeza. ¡Cuán lejanos, infinitamente lejanos están los otros mundos de otras almas!

Atrás quedó Cristo, prendido en su madero, y todas las vidas de las cimas inalcanzables hanse quedado, borrosas, en las alturas de su grandeza: heladas las palabras

en los labios del Hijo del Hombre, destrozados en ecos cadavéricos los acordes gigantes de Beethoven, fríos los mapas de las conquistas en los turbios ojos de Napoleón, reducidas a polvo las "vidas paralelas" en el espíritu de Plutarco, confundidos en el delirio los "caprichos" de Goya...

Estamos en los umbrales de la Historia de Bolivia, junto a la vida de un pueblo forjado del espíritu de Europa y de las carnes indígenas de América, en la epilepsia de una democracia mestiza que ayer quebró el brazo de Sucre, negó a Bolívar el sueño de una confederación y que rompió el cáliz de oro en que bebió la sangre de su misma Independencia. Estamos en medio de unos hombres que se democratizan con sables y cañón, con crímenes y deslealtad, con ingratitud y odio. Estamos delante de un paisaje bombardeado, en el cual el humo de la pólvora nubla las claridades del sol. Un cicerone sensato nos muestra rotos los pergaminos de varias constituciones republicanas que no pudo deletrear la ignorancia ni pudo entender el rencor. Vemos las tumbas de los asesinados y fusilados y entramos en los jardines donde verdecen esplendorosamente los laureles de la canalla, sembrados con las rotas espadas.

No podemos dudar. Nos han traído a la República, ese espectro admirable que ciñe su figura en este paisaje de sangre y de fuego, después de haber librado su honra en Junín y Ayacucho. Aquí están, manchadas, las manos que se alzaron el 18 de Abril en contra de Sucre, las que eli-

minaron al Presidente Blanco, las que empujaron los más recios sillares de los próceres. Aquí están, como poseídos, Velasco, Santa Cruz, Ballivián, Belzu, Córdova, Linares, Achá, en una pesadilla que los ha unido, con justicia o sin ella, en una selección abominable de individuos que aun tienen el puñal en la mano...

Todo esto es la aurora, y, a la vez, el ocaso de una democracia en la que el pueblo llora cuando está iracundo y ríe cuando está triste, contemplando siempre las invencibles montañas del contrasentido, la incomprensión y la envidia, rodeada de un vuelo de zánganos de colmena herida por un rayo.

Este es un clima de calcinación, de fragua implacable, en la cual la Democracia cuece su calda sanguinolenta.

Aquí los hombres nacen con los ojos enrojecidos y el alma templada como el acero.

Acaso la República es un destino de crueldad en este trozo americano. O acaso el verdadero repúblico está debajo de los surcos raciales —en la entraña olvidada del AYMARA o del QUECHUA— en actitud esclava y dolorida.

Sin embargo, aquí hay horizonte con viento libre, y valle y trópico con canciones de optimismo...

## II

## COMO TODOS LOS NIÑOS TRISTES

TOCO. Un pueblecito, o mejor, una aldea en las campiñas cochabambinas.

Los labradores han levantado las cosechas de maíz y la han destinado a saciar las hambres del año, tomando buena parte de ella para elaborar el rubio licor que antaño deleitaba el paladar del Inca.

Este licor sirve también, desde los albores de la República, para consolidar los derechos de la ciudadanía y siempre ha sido generosamente distribuído en las horas de la angustia democrática. De su embriaguez ha nacido el gesto heroico y la jornada cívica. Pertenece por igual a la vida pública, o a la íntima alegría del hogar mestizo.

En Toco, como en todos los valles, se bebe ese néctar al son enfermizo de QUENAS y CHARANGOS, y no faltan sitios en los cuales se hace su venta: sucios despachos que guardan la mercancía en grandes tinajas de barro cocido. La CHICHA, en Toco, tiene también sus prositu-

tas y sus bigardos, como los tiene el CHAMPAÑA en París. Y aquí, en idéntica forma, suelen caer los ebrios en la muerte por el destino de una bala o de un puñal... En Toco, como en todas partes, es el amor irresponsable, con la noble diferencia de que las comadronas de este valle no asesinan ni ahogan a sus hijos.

En uno de esos hogares de sol borracho, ha nacido — en cualquier hora del Destino y de la vida — Mariano Melgarejo, el futuro "Gran Capitán del Siglo". Los historiadores dicen que fué el 15 de Abril de 1820.

Melgarejo pudo ser asesinado o ahogado al nacer, pero está anotado que las hembras de Toco no eran como las de París.

Le dejaron nacer y le dejaron vivir.

Su padre se perdió por el camino, en curvas, de su ebriedad, y su madre... Su madre fué como cualquier promontorio de tierra, cubierto de nubes pálidas, por donde apareció un sol rojizo y velado que fué el hijo...

Hay niños a quienes no sirve de nada la memoria del corazón que anhela recuerdos e imágenes. El niño Mariano Melgarejo no supo nada de sus padres. El varón que le hubo engendrado se perdió anónimamente en sus curvas, y la hembra que le concibió tal vez fué barrida por algún huracán de vicio o de delirio.

Pero, Melgarejo, como todos los niños tristes, tuvo un padre: el albedrío. Y una madre: la desolada libertad, la amarga libertad de los que no han pedido la vida.

Fué creciendo como todas las yerbas olvidadas de sus valles, en la intemperie y la tristeza, ajeno a las tijeras de las podas bondadosas.

Como todos los niños tristes del mundo, corrió su agilidad de gamo por los suburbios y los arroyos, mostró su carita tiznada y sus manos puercas a los soles de invierno, subió a los árboles en pos de nidos, arrojó piedras a los vecinos notables, mató a los pájaros y hasta debió deshojar melancólicamente alguna rosa del cercado ajeno. Cuántas veces habrá robado un pan para devorarlo después de las inocentes correrías!

Ese mundo de miseria es y ha sido siempre el de todos los genios, buenos o malos. Parece que el Destino reserva las cumbres a los más humildes, y los impulsa en su ascenso con el desborde de todas las energías, según sea el elegido: un héroe o un maldito.

El pequeño Mariano ya tenía seguramente, desde los bajos fondos de su destrozada infancia, la perspectiva ascendente de su cumbre. Veía su camino, acaso, en medio de las dulces nieblas de la niñez.

Un día tuvo que robar un pan porque el hambre fué insoportable, un hambre que reclama al padre y la madre que deben saciarlo. Ese pan fué el de su ignominia y su pena inconsolable. El honrado vecino le dió una paliza y le tiró de las orejas insultándole sin misericordia. El niño regó su áspero camino con las primeras lágrimas y maldijo, también, como todos los tristes del mundo. Y con las primeras lágrimas, asomó en su espíritu la pri-

mera justicia: buscó piedras y las arrojó en la cabeza de su verdugo rompiéndola en varias partes. Con las primeras lágrimas sus ojos vieron las primeras gotas de sangre.

La justicia es así de injusta.

Marianito fué justamente injusto.

Entonces corrió hasta refugiarse en el seno vacío de la soledad, huyendo del castigo. Se perdió en los campos y durmió bajos los cielos fríos. Mas, ¿podría ser llevadera esa inicial proscripción de la aldea? Mil veces no. Luego, no sería tampoco justo sufrir tanto por unas cuantas pedradas y unas gotas de sangre.

Y surgió el rebelde.

Recogió piedras de mayor volumen y retornó a su pueblecito de Toco. Si aparecía hostil el enemigo, tendría que morir.

Esos fueron los iniciales impulsos de su audacia y de su poderosa rebelión.

—¡Tengo derecho a vivir!

Era verdad: le dejaron nacer y debían permitirle vivir.

III

## EL PRIMER OTOÑO

DESMAYO de la tarde en el valle fecundo. En los cielos serenos los vuelos de las últimas alondras. Las campanas del templo cantan sus oraciones y todos los labradores detienen su caminata e inclinan las frentes.

Paisaje de paz, con un lento incendio de horizontes que destroza las horas silenciosamente. Las almas han encontrado sitio en los aleros de la meditación. Pero es solamente el crepúsculo el que piensa... Este es un instante consagrado a Dios. Toda la mansedumbre de la tierra lo está indicando así.

Sin embargo, él no acierta a comprender la intensa magnitud del momento. ¿Será que para hablar con Dios los otros hombres tienen repleta el alma de anhelos? Es posible... Busca en su interior y es muy poco lo que encuentra en los semilleros ocultos del espíritu. Los demás tienen la ilusión de una siembra y de una cosecha, el amor de un rebaño y de una recua, el orgullo de un huerto, la insolencia de la propiedad terrena.

Pero él no tiene nada para agradecer a Dios en la santidad del tramonto campesino. En sus jardines, desde el pasado advenimiento, las rosas de la infancia se han trocado en ortigas. El siempre ha sembrado y cosechado su íntimo dolor de abandono. Sus majadas son odios, sus huertos tienen la fruta ácima del desconsuelo, su tierra es la soledad.

¿Y por toda esta triste posesión de dolores ha de agradecer él a Dios? No. Mil veces no. Seguramente, Dios no existe... Porque él nada tiene.

Se agría, despeja de la mente la humana humillación ante las cosas divinas y se queda como siempre: muy solo en medio de los colores de la tarde muriente.

Esta su adolescencia es un primer otoño de melancolías, un razonado existir con cuentas que él paga muy caras con la precoz reflexión que le ha dado la pena. No podrá nunca más ser un niño, y acaso, ahora mismo, tampoco sea ya un adolescente.

Todas las cosas son ajenas a él, y, recíprocamente, él es ajeno a ellas. Sus manos tocaron lo que no era suyo, sus labios bebieron de las fuentes que manaban en los cercados con dueño, y hasta sus pobres ojos se recrearon con las flores que esplendían detrás de los atajos. Esta conciencia amarga ha destruído su niñez y ha maltratado su adolescencia.

Contrae las negras cejas y ve el pequeño camino recorrido hasta hoy. De la cuna al Calvario, en su pasión aldeana.

¿Y los futuros días? ¿Tendrán siempre una tenaza que le apriete el corazón? ¿Estará continuamente vacío el camino?

El último eco de las campanas ha prendido la primera estrella.

Sus ojos cuelgan alguna pequeña ansiedad y se extasían viéndola iluminada. ¡Cuánta dulzura en esa minúscula ilusión! ¿Ilusión de qué? De nada. No es una ilusión. Es apenas un descanso que alivia sus torturas.

Percibe su estado y reacciona. Entonces en las aguas tranquilas del alivio, caen las basuras negras de la desesperación.

No tiene un lecho para el sueño de la noche. Las estrellas naufragan en la sal de sus lágrimas y regresa del crepúsculo a las sombras del pueblecito.

Toco tiene melodías de "charango" y de "quena", incubadas en algún sitio de pecado. Las oye atentamente con el alma y se consuela.

—De cualquier manera se vive. . .

Y en una ola súbita, la sangre se incendia en su cerebro tiñendo de carmín todos sus desconsuelos. En los acantilados donde está su esperanza, incierta por supuesto, ve flores extrañas que le hacen estremecer y sus sentidos perciben un aroma que los embriaga y los desenfrena. Sus nervios se crispan, sus pasos se apresuran y sigue el camino por donde vienen las melodías de los borrachos. Penetra en la vivienda en penumbra y se suma al agua fuerte impresionante de la juerga. . .

—¿Habrá también para mí un poco de "chicha"?

No sólo un poco, sino un cántaro para su sed incolmable y triste.

Los "kaluyos", como bejucos de fina seda, se enredan en el alma y amarran las coyundas ebrias.

—¿Cómo te llamas, mozo? — le pregunta una mujer.

—Mariano — responde con voz cansada.

Y los dos, vencidos por la tentación y el deseo, vánse a buscar un lecho en la intemperie del huerto.

La noche vuela y llega el amanecer. La hembra se despereza en sus brazos y abre los ojos, arrepentida.

—¿Hemos estado juntos?

—Sí, has dormido a mi lado. . .

Pero ella cree que eso no puede ser y aclara:

—No es posible. Porque yo tengo mi hombre.

Mariano sonríe y piensa: "No tengo nada mío". Se baña con el sol y se va otra vez por los suburbios de Toco.

El sueño lo derrota, lo tumba a la vera de una charca y le deja inmóvil, cubierto con las claridades radiantes de la mañana.

Más tarde despertará y sentirá hambre, sed y vergüenza. Nuevamente su vida tendrá que inclinar su fatiga sobre las asperezas de la miseria, y nuevamente se llenará de la duda de existir. Sus ojos se abrirán al luto de la charca y verán en ella, todos los horizontes cargados de tormenta.

## IV

## LA VORAGINE

No puede más. Sin embargo, sus músculos son fuertes, con recias prominencias que parecen de bronce y ya, muchas veces, sus puños se han estrellado en las mandíbulas de quienes le hicieron pendencia en el arroyo, o le discutieron la mujer, o le lanzaron oprobio.

El sol del valle le ha forjado con trazas de héroe. Tiene fuerza, esa irresistible fuerza de los que han vivido golpeados por el azar y la maleventura. Sus piernas pueden ganar distancias inverosímiles. Su mirada puede desafiar a la del águila. Su voz llenaría de alarma las oquedades.

Su espíritu está tan fortalecido como su cuerpo y en él la tristeza se ha trocado en bravura. Debe, pues, desbordar, extralimitar su energía, aplicarla con tesón.

Es infinito el vasto mundo, y en él, Toco es un punto perdido, una resistencia débil para sus ímpetus. Juventud de veinte años es juventud de acero toledano. Y Ma-

riano Melgarejo tiene ahora veinte años, desproporcionados y gigantes. Hay plétora y sazón, delirio y propósito de aporrear todos los obstáculos y vencerlos. Es superior a sus viejas penas, es más trascendental que sus hambres, es más valiente que sus amigos. Puede cargar en las espaldas diez destinos a prueba y quedarse con el más duro, el que exija mayor reciedumbre.

Entonces de las cárceles recónditas de los designios, haciendo eco en sus oídos alucinados, resuena largamente el toque de un clarín, y sus ojos embrujados ven un solemne desfile de soldados que marchan en pos de la gloria. Mariano se obstina en el ensueño y se deja seducir. ¡Cómo no haberlo pensado antes! El ejército es la más brillante carrera de la época y para alistarse en sus filas no es menester ser un sabio ni un noble. Soldados son todos los hijos de la democracia y la democracia necesita solamente soldados. Además, Bolivia es obra del sable y del cañón, de la voz enérgica que ordena y que impone. Aún los doctores de la ley deben tener necesariamente el rasguño de una espada... Se aviva, se incendia su imaginación y pasan delante las sombras egregias de Bolívar, Sucre, Santa Cruz. Son sus genios más cercanos, porque nada sabe él de Aníbal, César o Napoleón Bonaparte.

Y una mañana cualquiera, con el poncho campesino sobre los hombros, se va camino del cuartel, a la capital del terruño. Busca en las calles un mendrugo de pan, bebe un vaso de "chicha" para despedir sus prendas

civiles, y se presenta a los jefes. Los viejos veteranos admiran su continente y le sonríen.

Está aceptado.

—Este puede ser un soldado de porvenir... —dice algún capitán iletrado.

Melgarejo es, de este modo, un defensor de la soberanía y de la ley, un creyente del catecismo heroico, un fanático del montón uniformado.

Su vida cobra fulgores cada vez que vence en las lides cuartelarias y sus méritos crecen a medida que sus espaldas resisten los latigazos de la disciplina. Nunca dice una queja, nunca protesta. Solamente la ira, silenciosa e impotente, le inyecta los ojos con la sangre alborotada. Le doman, tal si fuese un potro, con mayúscula crueldad, con obstinada frecuencia. Sin embargo, es el más recio tipo de valluno militarizado. Y es, entre todos, el mejor militar, el de la hazaña que culmina, el del acto que azora, el de la idea que asusta...

El montón hace un claro para admirarlo. No, no es un soldado vulgar. Es muy particularmente el soldado Mariano Melgarejo, una especie de general inédito...

Muy pronto le llega el día de los laureles. La "orden" del regimiento le asciende a Sargento. ¡No en vano se estrelló la tralla infamante en sus carnes morenas!...

Con el flamante grado es autoridad íntima de los cuarteles y ha pasado por varios. Un día le envían a Oruro, la ciudad de los huracanas helados, incorporándolo al Batallón "Legión".

En ningún tiempo ha de ser más honrosa su profesión si la Patria está amenazada por la codicia extranjera. El fantasma bélico es el Perú con sus generales y su soldadesca idéntica a la de Bolivia. La intriga internacional y el ajedrez político están en su hora de pasión. Los gobiernos son causa de fenómenos ingratos para la vida republicana. La vida republicana ,a su vez, ha cultivado la ambición de los hombres.

En este ambiente de elástico tenso, los cuarteles cobran el prestigio de conventos sagrados en los que cada soldado es a manera de una casta virgen a la cual no se debe corromper. Nada extraño entonces que Mariano Melgarejo tenga las prerrogativas de un sacerdote.

Pero es vano el recelo que cierra las puertas del cuartel al comentario callejero, al comentario democrático, acre y apasionado. El aire ciudadano se cuela por las cerraduras, y los soldados, impregnados de él, se tornan en estadistas...

Así llega el invierno de 1841, llevando a Oruro, en alas de los vientos populares, las proclamas de don José Ballivián que oficia de salvador. La figura del caudillo militar tiene necesariamente que encarnarse en los cuarteles. Los soldados le veneran. Mariano Melgarejo es un sargento de Ballivián, un brazo poderoso que puede alzar el fusil en favor de su causa.

El "Legión" está profanado y la subversión ondula calladamente en sus filas.

El Sargento busca los rincones del cuartel y prepara el motín. El temor y la ignorancia se ponen a sus órdenes: tres colegas de grado juran sagradamente, en las letrinas, prestarle su apoyo.

Y una mañana de junio, el Batallón "Legión" rompe sus fuegos contra el gobierno de José Miguel de Velasco.

Melgarejo es el jefe. Mas no importa, no, la persona del Presidente. Es lo mismo sostenerle o empujarle del poder. Lo extraordinario está en que el Destino comienza a jugar con la vida del Sargento, impulsándole a romper a balazos la Historia de Bolivia para buscarse en ella un puesto. El motín es un caso microscópico de las grandes convulsiones. En relación al tiempo y a la magnitud de las ideologías, este cuartelazo del Sargento es tan valioso como la Revolución Francesa...

Y tiene como ella, su intensidad y su fervor, sus grandes minutos angustiosos y sus hondas alternativas. Este motín tiene su Hombre, su héroe mayúsculo, su fuerza arrolladora, su hora suprema. Y tiene también su sino...

Sino adverso. Otras balas que defienden al poder lo ahogan. Velasco obedece a su ministro José María Linares, precoz al igual que el revoltoso, y el Batallón es "quintado".

El Sargento huye por las llanuras andinas, pero ya lleva en los ojos la sádica impresión de haber visto destrozarse la Historia, de haberla dejado sangrando en una hora que solamente fué suya...

## V

## LA ESPADA REBELDE

Es el verano de 1849. Ballivián y José Miguel de Velasco pugnan por derrocar al Presidente Manuel Isidoro Belzu. Todas las plazas de las capitales están minadas y sólo falta una señal que las vuele levantando el humo de la revolución. Los planes no están definidos y acaso el temor obra dilatando el tiempo que retrasa la hora oportuna.

¿Quién será entonces el primero en agitar la roja bandera? ¿Bajo qué cielo tronará nuevamente la metralla?

El brazo de 1841, más enérgico aún, y fortalecido en las duras pruebas de la evasión doliente, traza otra vez el signo rebelde en la mañana del 9 de marzo de 1849 y toma la fortaleza de Oruro en compañía del coronel Bernardino Rojas. Pero otra vez el signo adverso, terco y necesario para modelar al hombre, apaga la llamarada. Nuevamente Melgarejo tiene que ocultar su arrogancia en los más inverosímiles escondites.

¿Quiere decir que su audacia ha fracasado? No. La vorágine política le seguirá prestando sus horas futuras. El Destino le procurará otras oportunidades. El es un soldado en plena carrera. Y todo dependerá de que, en otros veranos los rayos de las tormentas le iluminen el camino. El no puede abandonar su escuela heroica.

Pasan los años, y el antiguo Sargento es ahora un Coronel cuya voz puede ser oída en el seno del Partido Rojo que hace oposición a Belzu por inspiraciones de aquel que le hubiese dado muerte en 1841 y que tiene un carácter tenaz para las luchas. El verdugo de ayer es el ídolo de hoy: José María Linares, el futuro Dictador.

El Coronel subleva a las autoridades de Santa Cruz y quiere amargar a Belzu. Mas, este nuevo empeño se quiebra en sus manos a causa de la mala fortuna. Terca e irreductible, la mala estrella alumbra débilmente la fuga a través de las selvas, camino de Cochabamba, y le niega su luz el 26 de enero de 1854, día en que los genízaros del enemigo le toman preso. Un Consejo de Guerra, le condena a muerte. ¿Irá a nublarse eternamente su sol ebrio?

La piedad, por primera vez en su vida, florece en su camino. El sonríe desde la prisión ante el pánico de las mujeres que le ven compadecidas. Recuerda los tiempos idos, y cree que, tal vez ahora, esas manos que le negaron un pan en la infancia le den la limosna del indulto. Y sigue sonrie[illegible] con los ojos clavados en el alma piadosa de las m[illegible]s.

—Vosotras me traeréis el perdón. — Y la mirada está seca y fija en los rosales de la esperanza.

Llega el perdón con frases de profecía. Belzu indulta al reo exclamando:

—Ya se arrepentirá Cochabamba de haber intercedido por este hombre peligroso.

El no dice gracias y torna a sonreír... Su alma, rencorosa, dibuja los nuevos caminos, mientras piensa:

—¡Belzu, Belzu... tú no sabes que todo se paga en esta perra vida!

Llega el 29 de septiembre de 1857. Ahora es necesario echar a otro Presidente en favor del mismo ídolo. Cochabamba se debate entre quienes sostienen a don Jorge Córdova en la presidencia y quienes proclaman a José María Linares para el mismo poder.

Las barricadas son horribles y el cielo de la primavera cochabambina se ha nublado con el humo de la pólvora. La batalla no se define aún, mientras no interviene en ella la espada veterana.

—¡Vaya, vaya; esto se termina así! — Arremete con los suyos y determina el triunfo de los revolucionarios. Las fuerzas del gobierno retroceden y se van... Melgarejo besa la cruz del sable y fija la turbia mirada vencedora en los fugitivos. Córdova ha perdido la partida.

José María Linares asciende la cumbre y le otorga un premio: el Coronel es jefe de un regimiento.

A las conmociones revlucionarias sucede el cansancio que está pronto a convertirse en pereza. La pereza crea

su ambiente característico: fatiga de los hombres, fatiga de las ideas. Linares aprovecha el agua quieta para edificar sobre la turbia democracia, con su tesón múltiple y noble. Es un caballero de acción y de ensueño, venido al mundo con el alma ambiciosa de los excepcionales. Nada debe oponerse a su intensa tarea estadual. Cuando él está con los ojos fijos en la obra que construye, desconoce al amigo, al camarada y también al enemigo. El da a sus afanes una dimensión sobrehumana, una cualidad de superación que no debe estar al alcance de las almas profanas.

El Coronel, hundido en su pereza, camina en zigzags por las calles de La Paz. De vez en vez, un escándalo suyo azora a los cuidadanos. Linares distrae la mirada de su obra para vigilar los pasos del incontenible. Luego, seguro de sí mismo, olvida al impetuoso. Sin embargo... Melgarejo es una fuerza que el propio Linares ha consagrado.

El estadista vuelve a levantar la cabeza y percibe la inquietud enfermiza del Coronel. Es peligroso que éste disponga de su regimiento en el cual podrían obrar la exaltación nerviosa, el interés irreflexivo, y aun, el mismo aburrimiento. Escribe una orden, la despacha, y retorna a su meditación constructiva.

El Coronel Melgarejo ha sido retirado de la jefatura de su regimiento.

Un áspid le envuelve el corazón. ¿Ha sido capaz para la ingratitud el ídolo que levantó su fuerza? ¿Es que Li-

nares es un filósofo interesado que reniega de los elementos que empleó para buscar sus fines? ¿Es que Linares creerá que la espada es solamente destructora?

—¡Linares, Linares... tú no conoces lo que puede un soldado agraviado!

La tierrauca le llama, y regresa a ella para alimentar de un odio absurdo su descontento. Los crepúsculos de Cochabamba le sirven para gruñir en contra del gobierno. Su ocio busca el refugio de los corrillos y, en ellos, su lengua hace todo lo que no puede la espada. Su rabiosa sed se aplaca con la cordial bebida de maíz, matizada de "kaluyos", y toda su vida rebelde se pone oblicua, a la orilla del abismo.

El alcohol dibuja imperios en su cerebro, estremece intensamente el cordaje nervioso, nubla la certeza de la mirada y le eleva en el trono de la audacia inconsciente.

—¡Amigos, vamos a obrar!

Desconciértanse los amigos. Pero en él vibra angustiosamente toda la mecánica de su energía, obligándole a concretar el objeto de su locura:

—¡Vamos al cuartel!

Los amigos le siguen, absortos, seguros de que todo lo que habla es apenas una necedad.

Y en esta noche del 11 de marzo de 1858, se abren las pesadas puertas del cuartel para dar paso a su alucinado propósito.

—¡Soldados, hijos míos!...

Pero aún no es la hora en que fructifique esa revancha. El general Velasco le contiene y le lleva preso a dormir en una cama de la penitenciaría.

En el nuevo día, el Consejo de Guerra le llama y le sentencia:

—Coronel, seréis fusilado.

—¿Solamente porque tuve unas copas en la cabeza?

Los jueces están irreductibles, sin embargo de lo cual acceden una petición de la defensa. El Coronel es examinado por los médicos legales cuyo diagnóstico determina una enajenación mental.

—Coronel, se os absuelve por ser el vuestro un caso de locura.

—¿Locura? — pregunta él, y en su júbilo interior califica a los jueces:

—¡Idiotas, sois verdaderamente idiotas!

Pero Linares es efecto involuntario de esa locura, porque en el mismo mes define su figura política, con fecha 31, anunciando a toda la República que él es el DICTADOR.

Poco después cae el Dictador, llega el gobierno del general José María Achá, y la espada rebelde ingresa en la década de 1860. Un año después, Achá le nombra en Sucre Jefe del "Batallón 1º".

Quien premia a Melgarejo desde las esferas del gobierno, no desconoce sus fuerzas secretas. Quien le llama, aprovecha el poder de una catarata. Melgarejo está adiestrado en el juego epiléptico de la vida política boli-

viana. Es una condición de la democracia, un impulso de ella...

La demagogia encabezada por el general Gregio Pérez, alinea su ejército en los campos de San Juan, el 15 de septiembre de 1862, en contra del general Achá.

El mandatario tiembla ante la idea de iniciar la matanza, y prefiere recurrir a un arreglo de paz amistosa.

—¿Qué habéis dicho, Excelentísimo? ¿Teméis al general Pérez? — pregunta Melgarejo extrañado.

Achá enmudece, indeciso, con la respuesta destrozada en los labios. El Estado Mayor de su ejército duda.

—¿No pronunciáis palabra?... Yo creo que es necesario atacar. ¡Y yo ataco!

Su sangre convulsiva ordena. ¡Adelante! El potro indómito hincha las fauces y un solo gesto del audaz crea el ambiente victorioso de la batalla. Como una ola de mar, la más gigante y altiva, el ejército rompe la marea y asciende hasta el triunfo.

—¡General, hemos ganado el combate!

Achá le contempla emborricado y riega la tierra de su victoria con lágrimas ardientes. En cambio, Melgarejo, al devolverle la mirada, le nimba de tormentas: las futuras tormentas de diciembre...

## VI

## LA CIMA DEL VERTIGO

EL hombre no es un ser de amor, de caridad y de perdón. En veces, es apenas una bestia amistosa, pronta a la embestida. Mas, de todas maneras, la lucha es su inevitable condición.

Ante la fuerza, crispa los puños y arremete. Es amigo de demoler.

Ante la debilidad, sonríe y maltrata. Sin embargo, la debilidad desfalleciente, es causa de la fortaleza desbordante.

José María Achá es la causa débil para el fuerte resultado: Melgarejo. Porque, además, ésta es una constante fuerza en acción, superior a toda ley. Es el acento máximo del "crescendo".

La fuerza irresistible en el amor o en la política, mata el idilio y la ideología.

Melgarejo es una palanca en perpetua aplicación.

Achá descubre un plan revolucionario y cree haberlo

desbaratado, olvidando aquella mirada que en la tarde de San Juan le nimbó de tormentas.

Un sindicado, el capitán Avila, busca en la mañana del 27 de diciembre de 1864 a un militar retirado llamado Pedro Rivas, con quien dialoga interesadamente.

—Nos han descubierto, camarada Rivas. Pero creo yo que ante la debilidad de Achá debemos precipitar el golpe en cualquier forma. No es cuestión de esperar mucho, a mi ver... ¿Qué opina usted?

—Pienso en igual forma — responde el militar retirado.

—Pero es necesario un detalle importante: el hombre — aduce Avila.

—Esta tarde, capitán Avila, tendrá usted al hombre.

Al atardecer Avila está delante de la palanca. Mariano Melgarejo le coge de un brazo y comienza la histórica confidencia. En la charla no interviene, en ningún momento, cuestión alguna de credo o de doctrina política. La idea primordial es echar abajo al gobierno. Y nada más.

El obstinado escucha silenciosamente y, al éxito del discurso, resuelve:

—Muy bien, capitán. La revolución será consumada mañana mismo.

Avila queda azorado. En verdad que Melgarejo es sorprendente en sus resoluciones.

Cochabamba no ha despertado aún de su sueño cuando Melgarejo se presenta al Escuadrón "Rifleros" y le dice:

—Soldados, hijos míos: el Presidente de la República soy yo.

Los rifleros rinden a la artillería y apresan al débil.

A la hora del crepúsculo, Melgarejo es el "Héroe de Diciembre".

La Historia de Bolivia está a sus pies y el poder en sus manos ensangrentadas.

El aire de la cima le hiela la frente. Le alivia de la fiebre delirante de toda su existencia.

Atrás, muy atrás, queda Toco con su cielo de abril, con su sol naufragando en el arroyo, con sus viejos vecinos que supieron un día negarle el pan y la almohada. Atrás, muy atrás, queda Toco, tal si fuera una estampa destrozada por el Destino...

Un oleaje emocionado le inunda el corazón. La agridulce plegaria de su recuerdo se torna, sin embargo, vesánica. Más que la vieja miseria le lastima su gloria. ¡Su gloria! Porque la gloria de los tristes es más trágica que la pena extinguida, más áspera, más terrible... Y él, que fué un triste y un desheredado, él que tiñó su espada por ayudar a la ajena ambición, abraza su pobre gloria con todo el delirio del alma.

Destroza los pergaminos constitucionales, disuelve el Consejo de Estado, suprime las municipalidades y vende las tierras de los indios. Sus ojos nublados pósanse en las cartas geográficas hasta cegarse.

Toda la democracia repite su nombre con el sordo murmullo de aquel mar que fuera azotado con cadenas.

Crea una nueva moneda con su efigie y con esa moneda compra las conciencias que le son necesarias...

Su imaginación no va más allá de la empuñadura de su espada, a pesar de que él, poseso de la gloria y del Estado, quiera sembrar alguna buena semilla en los surcos republicanos.

El espíritu ahoga su existencia en las cavernas interiores, dejándole en la absoluta soledad del alma. No hay voces, ni ideas en su genio inferior. Melgarejo en la cima no es más que la sed saciada con la ambición.

Entonces reclama la savia de sus raíces y no la encuentra. Del suburbio desertó al cuartel. Del cuartel ascendió a la cumbre. No existe pues la savia espiritual, la cualidad grandiosa que se aplica en la política. El fué solamente un ansioso, un angustiado, un terco. El fué solamente un muñeco extraordinario de sus inconmensurables caprichos.

El vacío infinito de la cima envuelve esta nueva tristeza: la tristeza de la ignorancia, la orfandad de la sabiduría, la desesperación del sentido intelectual.

—Oiga usted, Muñoz —le dice a su secretario general— yo no quiero saber nada de papeles. . .

Entre los cíclopes habría gobernado haciendo parar pirámides de piedra.

Busca el refugio amoroso y el olvido del alcohol.

Pero ni el amor ni el vicio son capaces de borrar la herida que ha descubierto en su sincera introspección.

Los ojos del pueblo están atentos a todos sus actos. El está atento a la curiosidad de ese pueblo. Y como no pue-

de colmarla con inteligencia, reacciona, crispa los puños y se los enseña.

Gobernará con la ley material, bárbara y sanguinaria.

Los cielos de la democracia se nublan. El pueblo y el gobierno se debaten en sombras. La República viste andrajos, salpicada de lodo. Y aquí y allá, en el intento aislado y débil, esos andrajos quieren tornarse en banderas libertarias.

Entonces la esclavitud de su alma ignara y la esclavitud del pueblo vilipendiado, le hacen dos veces tirano. Y es ésta una poderosa tiranía encumbrada en ásperas montañas de violencia.

El no dirá nunca como Cristo: "Haced lo que yo hice", sino que su evangelio monstruoso repetirá: "Haced lo que yo ordeno".

Y cerca de tres millones de seres humanos ejecutarán esas órdenes. Mientras tanto él deletreará rabiosamente la ley y acabará por destruirla.

La ley no es refugio para quien no la entiende, ni una norma para quien la rebasa con la fuerza.

Y ahí está el General, el "Gran Capitán del Siglo", cabalgando una victoria que, en verdad, es solamente suya.

Los hombres del llano levantan la cabeza a la cumbre volcánica y enardecen también de aborrecimiento y de odio.

Es necesario resistir la lava candente y alzar con las manos llagadas algún pendón de desafío.

La vorágine cálida purifica la demagogia y la convierte en apostolado. El apostolado, en medio del incendio, se torna en sacrificio. Y el sacrificio lleva un nombre, el de la máxima virtud democrática: "Campañas de la Constitución".

Mas, ¿de qué sirve que los rebeldes aprieten contra el pecho el catecismo teórico, si la bestia temeraria no sabe de su santidad ni conoce el recuerdo de que otros la hayan respetado? Su alma embriagada argumenta de tal manera y le nace un morbo de justicia: la justificación de sí mismo.

Nadie podrá ponerse en contra suya. Su brazo tiene el poder de la ira.

—¡Muñoz, Muñoz, venga usted a ver cómo la maldad se alza en mi contra!

—Es verdad, Excelencia...

El secretario general ahoga su voz dolida y cómplice, y no responde a la queja.

El tirano traza el proyecto y repite:

—Tendremos que fusilar, Muñoz.

Y allí donde se han levantado los andrajos libertarios, son construídos los cadalzos.

El ambiente transforma sus factores: la paz se convierte en guerra, el gobierno en crimen, los hombres en víctimas. ¡1865!

Los ejércitos de Melgarejo son arrastrados por las rutas trágicas de los rebeldes, en tanto que su palacio está abandonado.

La oposición arma caballero de la cruzada al viejo caudillo del populacho, Manuel Isidoro Belzu, y con él la muchedumbre proclama su revancha.

Está ganado el antiguo caserón gubernamental. Está proscrita la tiranía.

Pero el rudo soldado espolea al potro formidable y regresa al lugar de los sucesos. En el camino le alcanza el teniente coronel Vicente Cortez, un mastín leal a su causa.

—Excelencia, La Paz se ha revolucionado en contra vuestra.

—Sí, lo sé. ¿Y vos, coronel, no me habéis defendido?

Cortez inclina la frente sin responder. Pero está en sus ojos, dulce y sumisa, la generosa lealtad por el jefe.

—Responded, coronel, ¿me habéis defendido?

—Señor, era imposible. Nadie está de vuestra parte.

—¡Sois un cobarde!

El General revista sus tropas y las halla disminuídas. Muchos de sus soldados han desertado de las férreas filas.

El peligro muestra sus amenazas encarándole ante el alma una soledad que está muy próxima. Mas, él no amengua sus energías. Busca el recurso en un instante preñado de tragedia y ordena:

—Para escarmiento de cobardes, ¡fusilad a este mi coronel!

Cuatro soldados le obedecen. El pecho de Cortez recibe los impactos y su sangre enrojece el patíbulo de la disciplina cuartelaria.

Después, con la visión empurpurada, desciende los tortuosos caminos que le llevan a La Paz. En tanto, sus sayones van huyendo, resueltos a no prestarle ayuda para aquello que creen ha de ser horriblemente salvaje.

Entre los muros de la ciudad rugiente, se exalta en una extrema valentía, y ciéganse los ojos y el alma. Las barricadas son poderosas. Nadie que no fuera un titán podría vencerlas. Todo el ardor de la batalla está exigiéndole una mayúscula superación de energía y valor.

Sus milicianos le traicionan, plegándose a las filas enemigas y el titán se queda casi solo, rodeado de pocos jinetes: todos lo que abarca y domina su mirada ebria.

Está perdido. Los fieles solamente esperan su grito desolado y vencido para buscar un refugio en la derrota, porque todo el paisaje bélico está fracturado en la desesperanza.

Ahora él no es más que una unidad abandonada, cercana a la muerte, naufragada en el mar revuelto y furioso. "Murió" — le dirían los romanos en este momento y le amortajarían con laureles.

Pero el impulso heroico, incalificable, venido de las más lejanas distancias de la temeridad, le yergue, augusto y solemne, tallado en bronce eterno por manos insospechadas. Un soplo del Destino confunde los cristales rotos de la desesperación en una obra fugaz y admirable que tiene un alma extrañamente rediviva.

—¡O me seguís, coraceros, o me destapo los sesos!

Los coraceros le siguen, valientes y únicos.

Este es el instante en que queda grabada la estampa inmortal.

Cristo llega hasta el Calvario.

Beethoven llega hasta las Sinfonías.

Melgarejo llega al 27 de marzo de 1865...

Ocupa el caserón histórico ,asesina a Belzu, aparece, gigante y altanero, en los balcones:

—¡Belzu ha muerto! ¿Quién vive ahora?

Y parece que la muchedumbre, paralogizada, le respondiera:

—Vives tú, gran señor, para el rebaño flagelado que se guía con tu roja estrella de predominio...

Y los más recios vientos de la cima circundan la monstruosa epopeya.

## VII

## LA CACERIA

¡MUÑOZ, tengo el alma fatigada!

—Es condición del gobierno, señor, sufrir la tremenda adversidad del descontento.

Entre los dos se interpone una atmósfera de pesadumbre y de duelo. Ha de ser posiblemente, el aguijón de la responsabilidad...

—¿Se aplacará esta ola brava que me amenaza? ¿Cree usted, Muñoz, que podamos sofocar esta perenne revuelta?

Muñoz calla con un desconfiado silencio que acrece en muda y elocuente amargura.

—¿Usted no dice nada, Muñoz? ¿Es posible que ahora me niegue usted una palabra de alivio?

Es verdad. Muñoz no dice nada:

—Sí, señor!... Las cosas no están como antes.

El general, sin brújula, quédase a merced de la tormenta.

Llega el 5 de septiembre de 1865. Su ejército arrolla a los revolucionarios en La Cantería. Más de doscientos muertos quedan, víctimas de su audacia, en el campo enrojecido. El podría hacer un balance superado, pero no lo hace, en virtud de que el enemigo ha quedado sin fuerza. Mas ello no amengua la furia que le embarga. Los prisioneros tiemblan de coraje ante su mirada turbia, velada por la visión sangrienta de la batalla. Sus ensueños generosos de libertad se truncan en la ira contenida y se destrozan en los puñales de la resignación.

—¡Daza; fusile usted a esta gente!

El nombre de Daza nace a la Historia en las roncas palabras de aquella orden. Cumple su designio como lo haría el perdiguero que se lanza a ultimar las víctimas de una cacería.

Entonces sube al cadalzo una cabeza meditativa que trocó su lirismo en una actitud rebelde. Es aquella que verá naufragar los horizontes en la ola roja que ha levantado el tirano sobre las aguas azules de su mar interior, manso y sereno, lleno de todos los rumbos del ensueño, surcado por las barcas que tienen un destino de infinito en su viaje de ritmos románticos. Esta noble figura, recortando sus perfiles sobre el paisaje ensangrentado, tiene la fuerza espiritual de una parábola silenciosa sobre la salvaje bravura de la horda embriagada.

El verdugo insinúa la consigna y las balas liberticidas rompen el pecho del poeta. El hombre de la parábola truncada se llama Néstor Galindo.

Las tiranías epilépticas son irresponsables. Melgarejo no sabe que ahora ha violado los límites de su propia locura.

—¿En verdad que ese era un poeta?...

Y el estupor enfermizo traza puntos suspensivos en la atmósfera colmada de pólvora.

—Pero es verdad que la mejor pena, es la pena de muerte... Gobernaremos con ella.

El 6 de diciembre de 1865 firma un decreto que sentencia la rebelión como un delito máximo que debe ser castigado con una pena máxima. Pero... es evidente que sus manos han temblado al firmar el documento bárbaro y agresivo.

—Muñoz, mi vida es extraordinaria y el poder es un absurdo que está en contra de otro absurdo mayor: los hombres...

Sonríe agriamente. Y su sonrisa tiene fatalidades extrañas, vencedora en el tumulto de ansieades que brillan en sus pupilas.

—Gobernar es... matar para morir con gloria. ¿Qué piensa usted, Muñoz?

Muñoz no piensa nada. Calla con honda pesadumbre y también sonríe.

—¿Por qué no me contesta usted, señor secretario?

Nuevamente Muñoz le responde con un equivocado silencio.

—Sí, muy bien; muy bien... Yo estoy apoyado en una sombra y esa sombra es usted, Muñoz.

Entonces la sombra responde:

—Para seguir gobernando, ya está firmado el decreto de 6 de diciembre...

La letra del decreto es letra de la SOMBRA.

Afuera los hombres juegan cara o cruz, por la libertad, con la moneda de "Al valor y al Talento"...

La moneda marca cruz y un nuevo ejército libertador, acaudillado por Casto Arguedas, dispara sus armas en enero de 1866.

El tirano se pone en guardia y defiende su destino. "Incendia el pueblo de Pocoata por su propia mano; mata en Oruro, también de propia mano, a un sargento y un soldado; fusila en el camino de Corocoro al capitán Balderrama; y con todo este cortejo de crímenes, al llegar a Viacha, en los campos de Letanías, avista al ejército constitucional y lo desbarata en pocos momentos". (Historia Boliv. Camacho).

—Gobernar es matar...

Pero, pese al lema, busca la cureña de un cañón y firma una amnistía que dice: "Olvido lo pasado, invito a mis enemigos a la paz, al orden y al trabajo: fuentes de prosperidad de las naciones"...

La letra del perdón, es también letra de la "sombra".

No pasan diez días cuando la mentida piedad se convierte en patíbulo: dos ciudadanos son fusilados sin juicio legal...

El "valor" pone las armas al sol y la "sombra" llora su pena impotente.

El "Héroe de Diciembre", el "Capitán del Siglo" puede jugar con los destinos de la nación entre los desenfrenos de la orgía y las extravagancias de su carácter, sin que su voluntad sea contradicha. Es omnipotente. La República está aterrorizada, aplastada, escarnecida, y los hombres andan desatentados, presentando el triste fenómeno de que muchos de los opositores de Melgarejo, de la primera hora, acaban por prestarle su adhesión, y muchos de sus prosélitos del primer momento concluyen por combatir contra él". (Obra cit.).

—¡Muñoz, Muñoz, me duele el corazón por la porfía!...

—Señor, habéis luchado. y es lógico que...

Es lógico que gravite la soberbia en el fondo de la miseria. Es lógico que el esplendor presente no sea sino una revancha de la tristeza pasada. Es lógico que el hombre que ha hecho de su derrota amarga una victoria obsesionada sea como es: lobo del hombre. Es lógico que aquel que fué esclavo sea tirano. Porque, en medio de la trama de la vida la comprensión es un absurdo razonado por el Destino. Es lógico que Mariano Melgarejo, el obscuro sargento de 1841, sea ahora el "Gran Capitán del Siglo". Es lógico que el humilde cielo de Toco, sea ahora el cielo universal de su poder y de su gloria...

En el mundo todas son formas de ebriedad.

Y la "sombra" le dice:

—Señor, es lógico que tengáis el corazón enfermo.

## VIII

## EL DERECHO DE GENTES

"VIDRIOSAS estaban las relaciones con Chile desde 1863 en que se arrogó de hecho la explotación de los huanos del Litoral. Chile se acercó a Melgarejo tomando como pretexto su conflicto con España, y después de prodigarle alabanzas que rayaban en el lirismo, de ceñirle con la faja de General de División de sus ejércitos y de arrancarle el pacto de alianza ofensiva y defensiva contra España, en marzo de 1866, ganó el favor del tirano y se hizo su cómplice. Su legación, insultando nuestro infortunio, fomentó la crápula en palacio. Después de saludar en el gran salón al "Héroe de Diciembre", bebía "champagne" en las pesebreras con el célebre caballo "Holofernes", su paisano y luego, el ministro de bracero con el "Héroe" y detrás el secretario en traje de sargento mayor boliviano y al pecho los cordones de edecán "ad honorem" de Su Excelencia, pasaban a perpetuar sus figuras, su privanza y su escarnio, ante el objetivo de la máquina fotográfica".

"Poco tuvo, por lo demás, que hacer Chile para el tratado de límites de 10 de agosto de 1866. Una cuestión tan debatida y que tan luminosamente la habían defendido Olañeta, Salinas, Aguirre, Santivañez, Bustillo y Frías, fué resuelta con la pérdida de la extensa zona litoral comprendida entre los paralelos 25 y 24 de latitud austral, que pasaron al dominio de Chile, con más el derecho a la mitad de los productos minerales y huaneros descubiertos o que se descubrieren hasta el paralelo 23. Aparte de esto, quedaron exencionados los productos chilenos de todo gravamen de importación por Mejillones". (Hist. Boliv. Camacho).

"El litigio con el Brasil era tan favorable a Bolivia como el que se había sustentado con Chile; pero la codicia del Imperio no cejaba en sus pretensiones, a pesar de que el ministro Bustillo, en 1863, declaró terminantemente que Bolivia jamás renunciaría a sus derechos.

"A ejemplo de Chile, constituyó el Brasil una legación ante Melgarejo. El diplomático brasileño, don Felipe López Netto, halagó al tirano con lisonjas y dádivas, le condecoró con la Gran Cruz de la Orden del CRUCEIRO y al ministro Muñoz con la Cruz de Comendador de la Orden de la Rosa, compró algunas plumas venales, y, en menos de treinta días, fijó los límites de ambos Estados, tal como había pretendido su país. Bolivia perdió la medianería de las aguas del río Paraguay y toda la vasta zona comprendida entre los paralelos 10 20' y 6 52', o sea desde el principio del río Madera hasta su promedio; perdió con rela-

ción al tratado de San Ildefonso, mucho más de cien mil kilómetros cuadrados de un territorio dotado de grandes vías fluviales y de una inmensa importancia que la mente no alcanza a fijar". (Obra cit.).

—¿Cree usted, Muñoz, que los tratados de límites significan un aborrecible fracaso?

—Eso lo discutirá el Parlamento y bien sabéis, señor, que él procurará o desechará la carga. Nunca será nuestra la culpa...

El Congreso de 1868 inaugura sus sesiones y estudia los casos internacionales. Pero el seso parlamentario, como en las Eglogas de Virgilio, dice lo que el pastor Dametas: "Empecemos por Júpiter".

Y después de cantar a Júpiter, aprueba su conducta con argumentaciones visionarias:

—El porvenir nos hará responsables, señores congresales, y lo que hoy cobra proporciones de solemnidad histórica, será mañana una monstruosidad imperdonable.

—Ese escrúpulo es inoportuno, señores. Nuestra aprobación será perdonada, si es errónea, y mañana también, como ahora, estará presente en el espíritu de los legisladores, la tolerante ecuanimidad que es ley de la vida. Lo irremediable es fatal... "Ad patres", dirán. "Eso queda junto a los antepasados"...

El oro del "Champagne" inunda las cartas geográficas, y, desde el palacio del tirano, América proyecta su nuevo porvenir...

—¡Muñoz, Muñoz... hemos triunfado!

El "valor" y el "talento" se estrechan las manos.

—¡Perdóneme usted, Muñoz, porque es falso, muy falso: yo no estaba apoyado a una sombra!...

—Yo no he triunfado. ¡Es el parlamento el que ha triunfado!...

Y entre los dos, cuyo júbilo desborda, la Historia se estremece.

## IX

## LA PASION INTIMA

La mujer es el escondido deleite, el humilde descanso, el repetido y eterno calor de la existencia. A fuerza de su fatal obstinación, las mujeres pasan por las grandes vidas como el resto, muy humano, de las vulgaridades que se buscan o soportan.

El agua no cobra nunca la proporción de la sed que aplaca. El agua, es el agua: humilde en el arroyo, humilde en la fuente, humilde en el vaso que la contiene.

La mujer es la misma para los titanes, sean ellos Cristo o Melgarejo: el ser que se encuentra en el camino, el objeto predispuesto a la exigencia natural.

La mujer está en razón inversa de la grandeza —positiva o negativa— del hombre a quien ama.

Más humilde es María de Magdala, mientras más grande es Jesús, que la ve solamente en las fugaces horas vacantes que le concede su apostolado.

Infinitamente más humilde que aquella, es la mestiza amancebada del tirano, que no participa, en virtud de su mismo amor, de sus monstruosas preocupaciones, ni del fin de sus rudas batallas.

María Magdalena es la mirada silenciosa que contempla la ascensión del amado. Juana Sánchez Melgarejo es el perdón que observa la crueldad del crimen.

En Cristo o Melgarejo, la mujer es una parte inútil asociada a la grandeza del hombre, la vulgaridad fatal: el vaso de agua para la fiebre normal y repetida.

Todo depende de la ebriedad que se persigue, sea ella el gobierno, el arte o el cielo. Entonces el hombre será un político, un artista o un dios. La mujer será siempre la minúscula necesidad de este político, ese artista o ese dios. Porque ella no entra en el fin que persigue el gran acorde. De ahí su valor inverso.

Solamente un afán dramático hace que el especulador coloque a la mujer al lado de las vidas que van en gigantes trayectorias.

En Cristo, preocupa su Doctrina, el espíritu de su locura. No la mirada sensual de María Magdalena.

En Melgarejo, preocupa la razón de sus actos políticos, el alma extraordinaria de su audacia. No la domesticidad vulgar de Juana Sánchez.

En función del sexo, los grandes hombres van a la par de carniceros, albañiles y horteras. Y en veces, según lo demuestra la fisiología avanzada, peor que ellos...

Mariano Melgarejo, por espíritu de fraternidad conyúgal, ejerció nepotismo: el general José Aurelio Sánchez, su hijo político, fué también un sanguinario colaborador del tirano: "No siendo ya solamente el tirano el privilegiado para quitar vidas y cometer otros atentados, sino también sus esbirros, como los generales Leonardo Antezana y José Aurelio Sánchez, dos monstruos de iniquidad, tan sanguinarios como su señor, siempre impunes y con más valimiento después de cada hazaña" (Obra cit.). Lo que quiere decir que la mujer, accidente sentimental y físico, estuvo dominada por el crescendo espiritual, mórbido y trágico, del tirano. Proselitismo del vicio.

Sin embargo, no podrá negarse la calidad cordial, de refugio y alivio, que constituye la mujer. En este punto, entran de acuerdo grandes y pequeños hombres, y reconocen que la sombra es un remedio para la fatiga del calor solar.

Juana Sánchez es la mujer que mitiga la exaltación sensual de Melgarejo, y completa un aspecto amable de la vida del tirano.

Melgarejo, como todos los hombres físicamente bien constituídos, ejerce la dulce tiranía del amor en la intimidad del hogar. Y aún fuera de él...

El militar, en razón de su fortaleza orgánica, es un individuo que atrae la pasión femenil. Melgarejo es un ser afortunado en ese sentido. Juana Sánchez es una mujer feliz...

El tiene en la existencia unos ojos de mujer que empañan su claro cristal cuando la malaventura les amenaza. Y unos brazos que le estrechan cuando ha traído algún laurel ensangrentado.

La católica hembra se ha arrodillado al pie de los altares, para dar gracias a sus santos predilectos, en los días definitivos de La Cantería y Letanías. Y con su Dios en el alma, se ha ido, rendida y cariñosa, a tejer endechas al lado de su héroe.

Como Penélope, ha tenido agujas y labor en las manos y ha ensoñado con el brazo y la espada triunfadora del amante.

Estéticamente, ha sido el claro luminoso del aguafuerte. Como la luna en el salvaje misterio del bosque.

Moralmente, ha sido el perdón en la tragedia. La paloma casta que cruza la tormenta.

Como ocurre en todos los amores, ha llorado mucho, hasta llegar a los abismos de la desesperación.

Y sobre todo, ha amado hasta el delirio al varón extraordinario que se adurmió en la gloria morena de sus senos mestizos. . .

X

## AETERNUM VALE

— ¡NI nosotros ni el parlamento, Muñoz! ¿Piensa usted en algún remedio?

En la atmósfera republicana, cargada de rayos que iluminan los cielos nublados de la patria, se acrecienta el furor de la tormenta. Contradictoria a la conducta del tirano, en el aspecto internacional, la revolución se llama "Integrista".

Melgarejo está crucificado entre el Norte rebelde, el Sur amotinado, el Oeste encendido en la hoguera incontenible y el Este atrincherado. Bolivia es una inmensa cruz en la cumbre.

El tirano contempla el rojizo resplandor de la cima y lo aprovecha denodadamente para encontrar los caminos de fuego y de sangre de la lucha.

Una vez más la brasa olvidada se reanima violentamente, al soplo del huracán, y se enciende la llama del instinto dominador.

La revolución "Integrista" es un reto a su brutalidad, estímulo a su energía avasalladora.

Y el tirano, más epopéyico que nunca, vuelve a nacer en el choque de acero de su fuerza soberbia. Parece un germen de espontánea grandeza, creado en el capricho de la mitología. Para él la victoria es como el imán que atrae las espadas valerosas. Y la batalla como un múltiple incentivo que marca un grado de virilidad insólita.

Algunos de sus coroneles han prolongado la lucha con triunfos halagüeños. Irigoyen y Rendón han rendido las plazas sublevadas, provocando una tregua sensible a la menor oportunidad de trocarse nuevamente en combate.

Ahora tiene referencias de sangre para trazar sus rumbos de victoria.

Pero una tarde fría, el bélico corcel de sus hazañas, encabrita su marcha, y arroja al General sobre las arenas del desierto, rompiéndole una pierna. A su dolor físico se suma la brava amenaza de la revolución.

El tirano caído, contempla, desde la aspereza del suelo, la hoguera que se alza a flor del horizonte...

Sin embargo, el desfallecimiento es menor que su temple de héroe, y nada pueden en él las quejas que se pierden en el fondo de su pecho.

—¡Traed una camilla!

Los soldados, sedientos y jadeantes, le colocan sobre la lona y le conducen por los caminos que señalan su ímpetu.

—¡Soldados, hijos míos, vamos a Potosí! Ahí tenemos que luchar y que vencer...

La voz se le ahoga en la garganta. Mas, la palabra fracasada en el sollozo aparece en la impiedad de la mirada, obsesa de visiones, brillante de poder.

Lentamente, los camilleros y el ejército, van aproximándose a la vieja ciudad imperial, en tanto que los días transcurren y acercan la realidad de la futura batalla...

El enfermo medita y lamenta. Pero no está vencido. Siempre superó su obstinación a la exigencia de la lucha. Cada obstáculo es un múltiplo inconmensurable de su valentía en el problema del buen éxito. Y él resuelve muy bien sus problemas...

Potosí, encanecida por los siglos, destaca su conjunto senil en una gris armonía. Se dijera chochez iluminada su afán revolucionario, con un fusil en las manos negras, confundida en un bullicio de campanas que asuenan a rebato.

Los hombres se parapetan detrás de las barricadas y disparan sus armas en el montón valiente de los sayones.

Ocho días las antiguas campanas traducen la angustia de la ciudad sitiada, y, en el último, debilitada y hambrienta, arrojando en la cara del tirano su desprecio insolente, se rinde a los postreros esfuerzos trocados en lágrimas.

"La soldadesca vencedora penetra en la ciudad y se entrega al saqueo de casas y la matanza de ciudadanos inofensivos". (Hist. Boliv. Camacho).

Al atardecer del 28 de noviembre de 1870, Potosí confunde su dolor y su derrota, con las tintas obscuras de un crepúsculo que agoniza sobre el cono fabuloso del Cerro. Todos aquellos que vibraron al conjuro de una esperanza libertaria, derraman silenciosamente sus lágrimas de vencidos.

El tirano se yergue sobre el cúmulo en astillas de las barricadas potosinas y eleva el corazón a los cielos, buscando el favor de Dios para continuar la lucha.

Al Norte, en la ciudad de la cuenca risueña, los libertadores proclaman el imperio de una nueva era.

El teniente coronel Hilarión Daza vende por diez mil pesos su espada, y se pone en la barricada de los sublevados, con la cara en frente del amo. Algún gallo criollo ha cantado tres veces junto al oído del "Héroe"...

Tomás Frías, Belisario Salinas y Agustín Aspiazu — tres juventudes líricas en un solo ensueño de redención — son el verbo, la lógica y la consigna de la tormenta. El general Gregorio Pérez y el coronel Agustín Morales son el músculo en ejercicio y el objeto del fervor popular.

Cincuenta días pasan, esperando al tirano en sus puestos, hasta que el 15 de enero de 1871, las montañas nevadas de la gran cordillera se iluminan con la luz del sol, y los primeros disparos anuncian que el enemigo está en las puertas de la ciudad, sobre sus cejas frías, en la misma raya de su horizonte eterno.

En la cuenca sonora acrecen los murmullos bélicos en una sinfonía que se mantiene prisionera en sus hondos

límites... Las balas silban tejiendo una malla vibrante y estremecida en la atmósfera, y a sus puñales locos se suma el grave ulular de los cuernos de guerra soplados por boca de los indios.

La Paz concentra en su esfuerzo invulnerable todo el odio contenido en seis años de opresión, y estalla gradualmente en una exaltación incontenible y poderosa. La ciudad está furiosa y torpe, embriagada de sangre ardiente, mostrando, airada, el filo de la espada y la boca del cañón. Su ilusión es la victoria, velada por el humo de la pólvora.

El tirano apoya su angustia sobre dos muletas y observa, con el alma sedienta de venganza.

"¡A luchar!" "¡A luchar!", le grita su instinto de dominación y de triunfo. Pero los ojos se nublan en la visión encendida...

La vanguardia de su ejército se precipita sobre la monstruosa colmena y se estrella, impávida y valerosa, en la fuerza irreductible de los revolucionarios.

El ve cómo los suyos son sacrificados temerariamente. Y sonríe con extrañeza, mientras va pensando:

—¿Es posible que esto sea una derrota para los míos?

Luego, cuenta a los enemigos: unos son los que defienden la ley, otros son los que sufrieron la tralla en sus espaldas, otros son los indios, cuyas tierras vendió a la burguesía que le colabora. Y en el conjunto adverso, ve las frentes cínicas que se inclinaron en las horas ventu-

rosas y que ahora le amenazan, arrugadas de ira, vencedoras en la infidelidad.

Y le parece que una jauría enfurecida le destroza su túnica de oropel, llevándosela a girones por todos los caminos de la suerte...

Ahora sí que le duele el corazón y le pesa, como una roca precipitada sobre su espíritu, el haber sido fuerte, valeroso y único. Le duele el corazón por haberlo colmado con los excesos del triunfo, por haberlo alegrado con la pena del pueblo, por haberlo enriquecido con la miseria del indio, por haberlo hinchado de vanidad con el halago de la traición.

Reconcentra en el alma la plétora de su orgullo y la naufraga en su desolación. Busca la justicia de su vida, y la vida se niega a entregarle su justicia.

Entonces desborda su pecho, y sus lágrimas son candentes como lavas, inmensas como el fuego de los volcanes, llenas de la más infinita amargura. Sus lágrimas corresponden a la intensa proporción de su abandono.

—Señor, bebe un poco de esta agua — le dice una mestiza que calcula su sed irremediable.

Pero él, rechaza la ofrenda, por recelo, y se inclina calamitosamente hasta posar sus labios ansiosos en el barro de una charca.

Entonces la charca se ilumina siniestramente. Han incendiado la ciudad...

—¡Atacad, atacad, soldados!...

También su voz se ha iluminado súbitamente.

—¡Atacad, siempre, hasta morir!

Pero la fuerza ha vencido a los suyos, y sólo ve un precipitado desfile de hombres en derrota.

—¿Qué? ¿Ya no atacáis?

Nadie le responde. Sombras, sombras, sombras delante de sus ojos marchitos, le nublan las retinas...

—¿Ya no atacáis, soldados?

Campana rota, voz agónica, orden inútil. No vibra en la atmósfera su somatén guerrero, no hiere los oídos alucinados de los combatientes, no procura la obediencia perdida en el pánico.

Una piedra le cruza el camino.

—¡Son los indios, general!

Declina el sol en su cima sitiada, y se cierne por las penumbras, hasta alcanzar el escondido refugio.

La horda aymará llena los ámbitos con el grave ulular de los cuernos, y pasa apestando los aires, viciándolos de pólvora, de tumulto y de alcohol...

—¡General, hemos perdido la batalla!

—¡Falso! ¡Mil veces falso! Vosotros, seguid luchando hasta morir...

Y en la tiniebla nocturna, envuelto en el luto de su pesadumbre, el general escapa, rumbo a la llanura fría, poblada de alarmas y aullidos.

—¿Y vos, mi general?

—¿Yo?... Callad, callad. Yo me voy para siempre...

Cruza la altiplanicie vasta, y la devora, como el huracán que, al fin de su carrera, quedará convertido en una

brisa débil que morirá sobre las arenas de donde alzó su misma furia...

Vuelve la cabeza al infortunio, adivina las distancias vencidas, y su palabra se alza de un mundo nuevo, diciendo su oración:

—¡Adiós para siempre!...

Después, reclina la cabeza humildemente y duerme sobre los laureles tronchados...

## XI

## LA MUERTE

El 23 de noviembre de 1871 el último de sus leales, examina el balance de su vida, y mientras habla va poniendo carga en su revólver.

—¿Me acusas, José Aurelio?

José Aurelio Sánchez, el hijo político, no contesta.

Pero el crimen, siempre absurdo y ridículo, crispa los nervios del favorito. El arma escupe fuego, y el protector de otros tiempos cae yerto...

Lima, la de los Virreyes, comenta apasionadamente el suceso y tiende la mortaja sobre los despojos de aquel que tuvo un alma humillada y frenética.

Mariano Melgarejo ha ingresado en la Historia.

*FIN*

## *INDICE*



Mariano Melgarejo rodeado del Ministro Plenipotenciario de Chile Aniceto Vergara Albano, del Ministro Secretario Mariano Donato Muñoz, y oficiales de su séquito.

# HOMO MELGAREJO

GERARDO MERTENS

# HOMO MELGAREJO

## MELGAREJO, ¿EL GRANDE?

Generalmente consideramos a determinadas figuras de la Historia como los representantes característicos de una tiranía, sin poderles negar su importancia histórica. Condenamos su crueldad, quizás movemos la cabeza algo compasivamente por la falta de conocimientos e instrucción de un monarca ha tiempo desaparecido, pero sin embargo casi siempre nos interesa una vida de esta índole. Alrededor de aquellas, entre estas personas, que nos cautivan más por su excepcionalidad, acostumbramos inventar leyendas semiverdaderas, las que luego creemos nosotros mismos; y un hombre de carne y hueso en algún tiempo, se convierte poco a poco en un ser mitológico. Muchos rasgos nada más que humanos, son transfigurados en sobrehumanos. Lo que es llamado destino, buena casualidad o mala suerte en la vida general, aquí se llama "fatum" o "ananke". Tales tiranos, mitad viles asesinos, mitad héroes, se presentaron en casi todos los países y aparecieron en el escenario de la Historia en todos los tiempos. Un Nerón, un Luis XI, un Iván el Terrible, nos parecen un poco irreales a pesar de su autenticidad. Estos personajes podrían tal vez sugerirnos meditaciones sobre la fraternidad del genio y de la locura.

La historia del hombre blanco en América tampoco carece de estos personajes y el siglo diecinueve en Sudamérica nos recuerda muchas veces capítulos pasados de la historia europea. Después de un "primer movimiento" heroico, la historia de la América Latina se parece frecuentemente demasiado a una Europa medioeval de caballeros salteadores. Algunas figuras nos recuerdan los personajes más interesantes de la historia mundial y sólo el relativo desconocimiento de la historia de estos países explica que por una parte las bellas letras no abunden en buenos libros sobre estos temas, y que por otra parte los pocos buenos libros que existen, por ejemplo sobre la guerra del Paraguay, se conozcan aún menos. El presente librito procura presentar la vida de un hombre tal y anhela poder estimular la fantasía de otros escritores.

Melgarejo seguramente no es la figura más importante en la historia de Sudamérica, y si por alguna razón se tratase de la otorgación del título "El Grande", con seguridad podrían pretenderlo muchos otros antes que él, sin hablar de los grandes Libertadores como Bolívar o San Martín. También "El Terrible", debería reservarse para otros, como por ejemplo Rosas. "El Borrachín" sería quizá lo más indicado, pero caracterizaría sólo una diminuta parte de la personalidad que debe considerarse: tal como si se llamara a Carlomagno "El Carnicero de Sajones" o a Hitler "Verdugo de Judíos". Además implicaría un tomar parte demasiado subjetivo del autor, lo que de ningún modo era la intención. Llamarle "El Grande" al menos hoy en día no es adecuado aún, dado que todavía vemos todos sus defectos demasiado triviales y vivimos muy cerca a su época, como para poder pasar por alto las desgracias causadas por su Gobierno y lo mezquino y provinciano de todo el ambiente. Debería emplearse un título provisional antes de otorgarle "El Grande", conforme a la costumbre eclesiástica del Papa de beatificar a una persona antes de santificarla.

Factores de grandeza histórica existen en Melgarejo, entera y completamente, y podrían ser llamados cursis y

exagerados si no fuesen verdaderos. Nació como bastardo y mestizo de un ambiente humilde, Melgarejo alcanza el peldaño más alto y es Presidente-dictador de Bolivia, sólo para luego descender tanto más. Bajo grandes dificultades logra apenas salvar la vida huyendo al exterior para ser asesinado allí alevosamente por su yerno. Un gran amor, de los que generalmente sólo se encuentran en las novelas, con una trágica terminación, llena los años de su gloria y miseria. El amor y la política van casi paralelos. El éxito político, la riqueza y la felicidad en el amor se presentan simultáneamente, sólo para abandonar a nuestro héroe también simultáneamente, asestándole un triple golpe, cuya trágica grandeza sobrehumana sólo es superada por el vil asesinato por manos de un ser creado por él mismo. Melgarejo en esto es comparable a un rey Lear en el destierro, a un Wallenstein asesinado por su presunto amigo, aunque -y esto lo hace más trágico- en un momento en que, ya impotente, le había llegado su Santa Elena.

Pero esta vida no sólo es un drama; es una tragedia. En el punto culminante, durante los años de la gloria y del poder, Melgarejo parece ser con mucho más frecuencia un personaje de comedia que el héroe de un drama clásico. La ignorancia más desconcertante combinada con los excesos de la más vulgar ebriedad en un hombre que, dotado con un poder ilimitado, vive en el siglo diecinueve civilizatoriamente tan desarrollado, produce resultados que muchas veces son increíbles por su calidad humorística.

Sin duda alguna la vida y obra de Melgarejo son tanto más interesantes cuanto más nos ocupamos de ellas y nos deja la libre elección entre concebirlas como comedia, tragedia o tragicomedia, de acuerdo a nuestro concepto de la vida en general. Nosotros queremos tratar en las siguientes páginas tanto de reír con y sobre Melgarejo, como de llorar su destino. Que no olvidemos por entre todas las emociones, amor, envidia, compasión, etc., que también, ante todo, era un hombre, dado a la luz por una madre, y un hijo de Bolivia del siglo precedente.

## EN CASA DE BALLIVIAN

### (La fábula equina)

En Tacna, una pequeña y antigua ciudad del Sur del Perú, a la que Campero llegó todavía aquel mismo día, fue recibido muy cordialmente. Los dos hermanos Adolfo y Arturo Ballivián, ambos destinados a desempeñar más tarde el cargo más alto en Bolivia -aunque el segundo sólo por poco tiempo- se alegraron sinceramente de volver a ver a su fiel partidario, quien durante tantos años había estado en Europa. ¡Cuán feliz se sentía aquí en esta casa, el militar educado en Europa! ¡Qué ambiente más culto! No sólo los Ballivián mismos, todo su círculo podía calificarse de altamente instruído; pero de todos modos la personalidad más prominente de este círculo era Adolfo, el joven jefe de su partido, que, estando al comienzo de los treinta años, con su tez blanca y fina, parecía aún más joven de lo que en realidad era. No sólo por ser el hijo del gran José Ballivián, difunto Presidente de Bolivia, hacía diez años muerto en el destierro,sino también por ser querido y estimado por todos a raíz de su educación obtenida principalmente en Francia y de su moral intachable, era Adolfo, indudablemente, la cabeza de este grupo.

De acuerdo a la hospitalidad proverbial de los Ballivián, Campero fue recibido y agasajado amigablemente. Después de una pequeña comida de recepción, tal como lo permitían las circunstancias en Tacna, todos estaban sentados cómoda mente, fumando, charlando y debiendo contar cada uno qué, cómo, dónde, había vivido, visto y hecho. Luego de una prolongada conversación sobre el pasado y los amigos comunes, se llegó irremisiblemente a la política del día.

Campero necesitó algún tiempo para averiguar si Melgarejo era considerado un "rojo" y si tendría por eso el apoyo de Ballivián y de los suyos. Se llamaba rojos a los partidarios de Ballivián por un distintivo que ellos llevaban, pero eran -si se puede hacer tales clasificaciones entre los partidos bolivianos de aquellos tiempos- mucho más inclinados a la derecha que el partido opuesto de los belcistas. Ballivián desempeñaba aún, en aquellos días, el cargo diplomático que le había sido otorgado por Melgarejo, poco después de llegar éste al poder. Por otra parte ya reflexionaba sobre dimitirlo, pero no podría haber dicho por qué, aún no había llegado a una resolución. Naturalmente sabía que al dimitir su cargo privaría a Melgarejo del apoyo de los rojos, y,temiendo quizás subconscientemente que por el momento su partido no era bastante fuerte para apoderarse del mando, no tomaba todavía un decisión definitiva. Campero refirió su encuentro con Belzu y narró que aquél debía viajar a Chile. Para los presentes Belzu era "el adversario" y naturalmente se oyeron algunas palabras mordaces contra ese vulgar cautivador de masas. Cuando alguien dijo de él que era un "cabecilla de indios", expresión interpretada aquí como injuria, la conversación tomó repentinamente un rumbo extraño e inesperado.

En un rincón del salón estaba sentado, fumando apaciblemente, un invitado, al que dentro de esta charla de política doméstica no se había prestado mucha atención, dado que no era boliviano. Estando casualmente en Arica, el puerto de Tacna, en viaje de negocios, se había detenido en Tacna, y, puesto que generalmente era estimado por su instrucción

y apreciado por sus finos modales, era un huésped recibido con gusto en la casa Ballivián. Era oriundo de Venezuela; hijo de un alto militar venezolano y de una norteamericana, había pasado su juventud parte en Caracas, parte en Filadelfia. De este origen mitad norte -mitad sudamericano, se había formado un extraño producto. Había recibido lo mejor de las dos partes. El hecho de que su padre fuese amigo de Bolívar, le ganaba -especialmente en este círculo- una particular consideración, tanto más si él mismo era compatriota del gran héroe de la Libertad. Por otra parte su origen materno -su madre era de una de las familias de cuáqueros más respetadas de aquella ciudad de libertad y amor fraternal -le facilitó el tomar contacto con algunos jefes intelectuales del movimiento de emancipación de los negros, durante su última visita a los Estados Unidos. Sólo obligaciones muy urgentes en Sudamérica le habían impedido alistarse en las tropas de Lincoln; su entusiasmo bélico derivaba no tanto de un deseo de no dejar partirse en dos los Estados Unidos, como de un anhelo de libertad heredado de padre y madre. Sus sueños eran la libertad para cualquier ser humano, blanco o negro, y para libertar a los negros del yugo de la esclavitud hasta habría estado dispuesto a sacrificar su vida.

Como una puñalada operó en él la expresión "cabecilla de indios", pronunciada con desprecio campechano. Golpeando su pipa con ahinco obtuvo la atención de los demás, a pesar de estar sentado algo alejado de ellos, y profirió estas palabras.

-¿No deberíamos tener algún mayor cuidado al emplear injurias, que representan a razas o grupos humanos como inferiores y despreciables? Seguramente las razas humanas son tan poco equivalentes como no son iguales los hombres individuales ¿Sabemos acaso nosotros mismos de qué razas descendemos y de qué antepasados corre la sangre en nuestras venas? Un buen caudillo de indios es, según mi opinión, mejor que un mal "fuehrer" de raza blanca. Nosotros, en Sudamérica, deberíamos cuidarnos mucho de

crear prejuicios de raza. Nosotros, los blancos, en cuanto no llevamos en nosotros mismos la sangre de otras razas, somos de todos modos una minoría infinitesimal en este país, y, si nos consideramos dentro del mundo entero, somos los blancos igualmente una minoría. En lo que concierne a nuestra superioridad ¡cultural! y técnica, ésta data desde muy poco tiempo, y podríamos perderla en un tiempo tal vez aún menor. Los egipcios no eran blancos y los chinos con su cultura sobresaliente mucho menos aún y tampoco nuestros altamente desarrollados antecesores en este continente. Sólo porque la casualidad quiso que nosotros fuésemos los que perfeccionáramos las armas de fuego, creemos ser ahora los dueños del mundo.

Campero dijo algo al oído de su vecino y Arturo Ballivián hizo una observación sin importancia, pero sin ser interrumpido más, siguió el que llevaba la palabra con su manera tranquila y discreta, pero no obstante cautivadora de hablar.

-Sin duda alguna hay razas más como también menos desarrolladas, tal como hay individuos más y menos instruídos, pero nuestro afán no debería ser el dar puntapiés a los más pobres y más débiles y todavía envanecernos sobremanera de eso, sino ayudarles a llegar a nuestra altura, para que pudiéramos con su ayuda resolver tareas mayores y más importantes. ¿Por qué no podríamos entonces conquistar no sólo el aire sino también el universo? Pero, ¿dónde llego con esos sueños utópicos? Me excito por una palabra que concierne a otra raza, cuando elegimos nuestras injurias también del recinto de nuestra propia raza. Ni siquiera dentro de la raza blanca estamos acordes, cuando acarreamos, a causa de nuestro antagonismo, a las otras razas a un campo común. "Judío" tiene que servirnos como una injuria, pese a que el judío es blanco como nosotros, sólo porque podemos atrevernos a desgradar a este pueblo por no tener patria.

Todos se sentían casi un poco avergonzados, ya que por lo antedicho se habían dado cuenta, más o menos consciente-

mente, de sus prejuicios de raza. Especialmente Campero, quien, aunque en Europa había tenido relaciones con uno u otro israelita, era considerado como antisemita, creyó sentir los ojos del orador fijados en él, lo que sin embargo no era el caso; pues aunque éste hubiese conocido sus prejuicios de raza, nada correspondía menos a su carácter que ofender a uno de los convidados.

Un intervalo que se había producido fue empleado por los dueños para ofrecer pisco, y, como nadie objetó algo acerca del tema, el venezolano tomó la palabra nuevamente.

-Tal vez les agradará, señores, que les obsequie con una narración que he leído últimamente. También concierne a este tema y me hizo recordar un poco la fábula de los anillos de Bocaccio:

"Miles y miles de años ha, cuando nuestra tierra no era habitada todavía por los hombres, reinaban los caballos con poder ilimitado en ciertas partes de este planeta. No eran caballos completamente iguales a los de hoy en día, pero de todos modos eran sus antepasados. Tal vez eran más grandes y más fuertes, tal vez también poseían un pálido reflejo de aquella luz celeste que denominamos razón. En todo caso estaban completamente acordes entre sí al principio de la era equina y obtuvieron así un predominio absoluto sobre sus cohabitantes en el globo terrestre. Es cierto que otras especies animales llevaban determinadas ventajas a estos soberanos equinos -algunos sabían volar, otros nadaban mejor, otros en cambio eran más fuertes, más grandes o más ágiles- pero las circunstancias querían que los caballos, especialmente a causa de su concordancia, pudiesen medirse con cada uno de los demás animales, y por eso fueron reconocidos sucesivamente como los superiores.

"Pero no pasó mucho tiempo hasta que su poder se les subió a los sesos equinos. Una causa totalmente insignificante, considerada retrospectivamente, ocasionó la primera desavenencia algo seria. Un negro y un overo amaban a la misma yegua, una overa. Ya había estado casi decidida la cosa en la forma común del duelo, cuando el que

estaba por rendirse, el overo, repentinamente expresó una opinión, que le había sugerido tanto el peligro de muerte como el ansia de amor. Su idea era incomprensible para los otros al principio, pero no obstante fue entendida finalmente. "¡La hembra overa para los machos overos!" Primeramente fue comprendida, como era natural, por los overos, quienes en su sinrazón no vieron que con eso desafiaban irremisiblemente a los blancos, alazanes, negros y demás, a declarar lo mismo para sí. Su razonamiento no concibió que de ese modo se cortaban el acceso a todas las yeguas que no eran overas. Pero una vez comenzada, era demasiado tarde para retirar la idea irrazonablemente manifestada y posteriormente se le atribuyó "nolens volens", un fundamento de razón bastante frágil.

"Dado que en aquel entonces los overos como grupo eran los más fuertes, obtuvieron el mando y así su vanidad no conocía límite alguno. Aquel overo, que durante el duelo ya casi había sido vencido, fue hecho rey y pese a que la mayoría de los overos debían servir casi como esclavos al rey y su corte, se sentían semidioses en comparación con sus congéneres. En la lucha contra otros animales los caballos estaban aún relativamente acordes, pero para aspirar a mayores fines no bastó. La más insignificante mejora que los overos quizá idearon, sólo fue utilizada para la subyugación de los negros, blancos, etc.

"Así siguieron las cosas durante unos miles de años hasta que un día un negro hizo casualmente una grande invención. En una vertiente pedregosa quiso atacarle una bestia feroz y en defensa propia comenzó a patalear con sus cascos contra el suelo, de modo que se soltó una avalancha de piedras que mató al animal hostil. Su sentido de compañerismo impulsó sin embargo al orgulloso corcel, salvado del peligro de muerte, a comunicar su descubrimiento, no a todos los caballos, sino únicamente a sus hermanos de color.

"No pasó mucho tiempo hasta que un día, cuando los overos pacían al pie de una montaña sumamente abrupta,

los negros realizaron su plan cuidadosamente elaborado. Una gran parte de los overos fue enterrada bajo el torrente de piedras y rocas y con ayuda de los blancos, pintos y otros lograron dominar a los detestados overos sobrevivientes. De los que acabaron de derribar a éstos últimos, los blancos y negros eran los más fuertes, pero como el prejuicio de color estaba demasiado arraigado en ellos, no se llevaron muy bien y poco a poco los negros consiguieron la soberanía absoluta.

"Con el correr del tiempo los overos llegaron nuevamente al poder, luego los blancos, después otra vez los negros, luego los alazanes y después hasta los pintos, y así se alternó el orden durante los milenios hasta que una vez más llegaron arriba los blancos y retuvieron en sus cascos el poder por un tiempo excepcionalmente largo. Esto los hizo altaneros y los blancos equinos comenzaron a descubrir hasta entre ellos mismos signos de distinción. De repente se dieron cuenta del color de los ojos, si alguno tenía un borrón en la frente, o de la forma de los ollares. También se interesaron súbitamente por la clase de árboles a la cual los unos u otros relinchaban en señal de veneración. A pesar de que había algunos entre ellos que les previnieron contra tales acosamientos absurdos y les intimaron a olvidar por fin todos los contrastes y más bien educar a los overos, negros, alazanes, etc., para extender con la ayuda de todos la hipocracia existente hasta ahora solamente en un continente a las demás partes del mundo, venció la fuerza bruta, y el abismo que mediaba entre los grupos particulares aumentó en vez de disminuir.

"El fatal fin no se hizo esperar. Mientras así los caballos estaban divididos perdiendo la ocasión de avanzar en el mundo y conquistarlo, había llegado a la mayoría de edad otra especie de animales en cierto otro continente, y dado que esa especie animal, llamado "homo sapiens", en aquellos remotos tiempos todavía no había padecido su torre de Babel, salió en conquista del mundo y llegó también a estos pagos. El hombre dominó pronto a los caballos y no preguntó

siquiera por el color de la piel o la forma de los ollares que tenía en caballo respectivo.

"Sólo entonces comprendieron los caballos que aparte del mundo suyo también existían otros; ahora estaban nuevamente acordes los negros, blancos, alazanes, pintos y overos, pero era demasiado tarde. Los poco antes tan superconsentidos de raza ahora tenían que llegar, bajo la presión de los vencedores, hasta a aparearse con asnos.

"Un otro animal se había apoderado del mundo. ¿Poseía ya este ser, el Hombre, lo suficiente de aquella luz celeste para no cometer los mismos errores que sus antecesores?"

Todos habían escuchado silenciosamente y, cosa curiosa, la conversación no pudo llegar ya a su ritmo anterior, pese a que Adolfo Ballivián trató de decir algo acerca de sus planes respecto a los indios en el caso de que él llegase al poder. Pronto se disolvió la reunión y todos fueron a dormir. Campero pensó: "¿Es acaso necesaria una mezcla de sangre, tal como entre norte- y sud-americana, al menos, para producir tales reflexiones?"

Poco tiempo después se durmió.

§ § §

Al día siguiente, cuando Campero se había levantado, el Cónsul boliviano le recibió con una excitante noticia que acababa de llegar. Belzu no había seguido su viaje a Chile, sino que estaba yendo a La Paz. Desde Lluta había recibido, todavía aquella misma noche, la noticia del paso de Belzu por esta aldea y él mismo había mandado inmediatamente un ordenanza expreso al cuartel de Melgarejo para informarle de ese hecho.

Esta noticia excitó a todos los de la casa, puesto que Belzu era desde casi veinte años el adversario número uno de Ballivián. Belzu había sido el principal -y casi el único- culpable de la caída de José Ballivián; de la caída de aquel Presidente, a quien, fuera de Santa Cruz, se puede considerar como el presidente más importante de Bolivia, en caso

de no contar como bolivianos a Bolívar y Sucre. Naturalmente no se recordó con gusto en este círculo, que José Ballivián mismo, gracias a su índole donjuanesca, tuviese la culpa primordial de la querella y ruptura con Belzu.

Hasta Adolfo Ballivián tuvo por un momento la intención de ir apresuradamente a Oruro, para ofrecer sus servicios a Melgarejo. No obstante, su orgullo y presunción le impidieron dar lugar a este primer impulso; de todos modos decidió esperar algunos días más para dimitir su cargo y alentó con entusiasmo a Campero a ir a Bolivia y ayudar a Melgarejo con su experiencia militar para derribar a Belzu. También el Cónsul boliviano recomendó el viaje de Campero a Oruro, ya que así habría encontrado un confidente apropiado, por medio del cual podía remitir a Melgarejo los tratados de las "siete naciones". Campero, quien, a decir verdad, había vacilado un tanto para unirse directamente con Melgarejo, finalmente tuvo que ceder a los convincentes argumentos. ¿No había estado Melgarejo siempre fielmente adherido a José Ballivián y no había vivido en dos ocasiones con la familia Ballivián en el Perú? Ciertamente Melgarejo no había sido un amigo desinteresado para con Adolfo, pero ¿no era acaso uno de los verdaderos admiradores de su padre, a cuyo lado había luchado tan bravamente en Socabaya y ante todo en el año 1841 en Ingavi? Muchos viejos recuerdos se evocaron para convencer a Campero. Repentinamente Melgarejo llegó a ser un gran ballivianista. Se acordaron nuevamente de la revuelta fracasada de los cuatro sargentos del 1840, cuando Melgarejo quiso derrumbar junto con tres de sus camaradas a Velasco en favor de Ballivián.

Súbitamente Ballivián trajo un papel algo amarillento y que ostentosamente comenzaba con las siguientes palabras: "¡Oh! ¡Capitán de Ingavi! Fuiste un monumento formidable en el tiempo, en que gobernábais a Bolivia, tierra que te diera el ser y el corazón. . ." Aunque el tenor era quizá algo demasiado patético y no constituía ninguna obra maestra, atestiguaba de todos modos la veneración que Melgarejo

sentía -al menos por el Ballivián finado. Tiempo después el autor debía publicar esta necrología y la prensa boliviana, hipócritamente aduladora, lo comparó entonces con los más grandes historiadores de todos los tiempos. Melgarejo había prometido también que haría transferir a Bolivia -tal como había sido acordado según un decreto del año 1861- con todos los honores el cadáver del padre Ballivián, sepultado en Río de Janeiro.

Pues bien, Campero no se resistió a hacerse convencer, ya que Melgarejo había llevado a la caída también a su adversario Achá, y su partida fue fijada para el día siguiente. Al mismo tiempo prometió llevar consigo los documentos referentes a los contratos panamericanos de Lima.

El resto del día, en cuanto no estaba preocupado con los preparativos para el viaje; lo pasó Campero en compañía de los Ballivián. La conversación volvía siempre al tema Melgarejo, quien adoraba tanto a Ballivián padre y se portó -para decirlo apaciblemente- tan feo para con el hijo. Inintencionadamente la charla de la familia retornó a la persona del padre. ¿Ya conocía Campero los dos maravillosos poemas dedicados a José Ballivián por los dos más grandes poetas bolivianos, el uno por Ricardo José Bustamante y el otro por Néstor Galindo?

Campero acarició pensativamente sus largos mostachos que hicieron recordar a un lobo marino, tomó en sus manos los dos poemas y empezó a leer las rimas del vate Galindo:

*¡Murió! ¡Murió! ¡No existe ya! Su nombre*
*Ha pasado al dominio de la historia:*
*Su alma al Eterno, su recuerdo al hombre*
*Y a Bolivia el reflejo de su gloria.*
*¡Oh de Bolivia luminar fecundo!*
*Si a Dios confía mi amistad su llanto,*
*Quiere arrancarte mi dolor profundo*
*De las regiones del eterno espanto.*
*Oye las notas de mi flébil canto,*
*¡Varón ilustre que dejaste el mundo!*

*Y da a las cuerdas de mi ronca lira,*
*El alto acento que la gloria inspira.*

Con una de las hojas en la derecha y la otra en la izquierda estaba Campero, y ahora leyó nuevamente las siguientes líneas de Galindo, que expresaban el pesar por el gran boliviano, muerto en el ostracismo, en el Brasil:

*¡General Ballivián! Desde ese suelo*
*Do duermes lejos de tu patria amante;*
*Do te cubrió el crespón de un negro velo*
*Abandonado, sin hogar, errante;*
*Desde esa tierra, pues, donde un consuelo*
*No resonara en tu postrer instante,*
*Oye mi triste voz enronquecida,*
*Que se alza a ti llorando tu partida.*

Y cuando llegó al mismo tema en el texto de Bustamante, creyó escuchar la misma voz de Bolivia:

*Es Ballivián - su nombre repetido*
*Cual por trompa marcial de monte en cerro,*
*Las puertas rompe del eterno olvido,*
*Y de la noche del postrer destierro.*
*La patria al campeón esclarecido*
*Evoca, lamentando el torpe yerro*
*Con que el delirio de una turba impía*
*Tal nombre quiso mancillar un día.*

De pronto se le juntaron las dos partes en una sola y todo le parecía como un solo canto de dolor. Y hondamente impresionado leyó, observado por los ojos de los hijos del Grande, los siguientes renglones de la desolación, de Galindo:

*Lloremos, pues, y en tregua a los dolores*
*Alcemos al Eterno una plegaria,*
*Que, de agonia en el postrer momento,*
*Fue por su patria, su postrer aliento.*

Y en el texto Bustamante continuó el lamento:

*¡Ay! borra tal baldón Patria; y levanta*
*Tu grito de pesar hasta las nubes,*
*Gloriosos himnos a su nombre canta;*
*Y si a la altura de cien siglos subes.*
*En vida y en poder, -la egregia planta*
*De tu Illimani audaz, que a los querubes*
*Usurpa tu región del firmamento,*
*De Ballivián sustente el monumento.*

Ahora parecía que Galindo quiso aceptar de Bustamante la glorificación del héroe de Ingavi, y terminó el poético diálogo imaginario con estas palabras:

*Entonces, sí, Bolivia levantará en su suelo*
*Al héroe un monumento de su memoria digno*
*Y en su lápida, inerte, cual de sus glorias signo,*
*Elocuente epitafio leeráse: Ballivián.*

Sin decir una palabra devolvió Campero los dos papeles a su propietario y dejó poco después a los amigos para -según dijo- hacer los últimos preparativos y luego acostarse pronto. Ahora ya no existían dudas para él: tenía que unirse con el admirador de Ballivián y procurar llegar a Oruro a la brevedad posible.

Cuando en la madrugada del día siguiente se llamaba a su puerta para despertarle, creyó percibir en el sonido del toque el ritmo que llevaba dentro de sí y que incesantemente era el mismo: ¡Ballivián!

## SEXO Y CARACTER DE MELGAREJO

Dos edecanes de Melgarejo dejaron el salón del Presidente y apenas habían salido del Palacio a la plaza que lleva el nombre del héroe boliviano de la Independencia, Murillo, cuando ya el primero expresó su asombro causado por la insólita sobriedad del déspota. Precisamente ahora, cuando en La Paz reinaba la más exorbitante animación carnavalesca, cuando a plena luz del día se podía ver a las más serias personas en los más extravagantes atavíos, y cuando se podía estar seguro de que al sólo cruzar la calle le llegaría a la cabeza de uno un cascarón lleno de agua y harina, a no querer la mala suerte que desde una ventana le fuese vaciado un balde repleto de agua; ahora, en estos días de la más alegre actividad, al Presidente dictador se le había metido en la cabeza quedarse sobrio para dar un buen ejemplo a los paceños, cuyos sentimientos para con él no eran de los más amistosos. Ya desde hacía una semana, "él", en comparación con su consumo ordinario de alcohol, no había tomado nada. ¿Estaría enfermo o habría realmente empezado a cambiar su comportamiento, o. . .sólo estaría empedrando con buenos propósitos el camino al infierno?

Aún no habían llegado a casa estos dos, cuando aquel martes de carnaval de 1866 el héroe del 28 de Diciembre se

hizo traer el primer vaso de chicha y se emborrachó de una manera que ni los de su trato más familiar habían visto con frecuencia. Lo que desperdiciara durante la semana de carnaval, lo recobró con creces en la cuaresma.

Durante su ímpetu de buenos propósitos, había rogado a su siempre más locamente amada Juana, que se fuese a casa para que él no se sintiese instigado a beber por ella. Por eso, cuando se le ocurrió tomar, aun sin la tentación del bello sexo, carecía de compañeras, y, como era imposible dar con Juana, que se estaba divirtiendo en otra parte, eligió como tales a los soldados de la guardia, a quienes, a fin de elevar la animación, ordenó que lo tuteasen y en cuya presencia pudo dar rienda suelta a su coprolalia casi maniática.

Ya bastante mareado notó en la calle a algunos estudiantes carnavalescamente vestidos cantando debajo de su balcón. Con el pretexto de controlar sus papeletas del impuesto que se debía pagar por el derecho de disfrazarse, les ordenó subir. Como era de esperar, los jóvenes no habían cumplido con ese deber, y Melgarejo insistió en que, mientras los demás iban a hacerlo a la respectiva oficina, uno de ellos se quedase como rehén. Apenas habían abandonado la habitación, cuando Melgarejo empezó a acariciar y besar al rehén, que él mismo había elegido, y sólo por el regreso de los otros fue interrumpido este idilio.

Aunque la bisexualidad de Melgarejo se inclinaba mucho más hacia el sexo femenino y le estaba completamente alejada una idea como la de un casamiento público con un hombre "a la" Nerón o Heliogábalo, su ambivalencia se manifestaba cuando se encontraba en disposición animada, en el momento en que el exceso del alcohol sus, de todos modos, débiles impedimentos eran disminuídos -"in vino veritas"-. No sólo de su aún indiferenciada juventud sabemos de una amistad particularmente íntima con un rapaz, sino también más tarde encontramos signos de una disposición por el sexo masculino. La circunstancia de que, como tantos bisexuales, él no se daba cuenta de sus fuerzas impulsivas más íntimas, al menos en lo concerniente a esta

cuestión, es afirmada por el hecho de que él mismo solía denigrar a otras personas con las injurias respectivas como "maricón" (invertido)

Por último, su frecuente deseo de bailar con soldados nos manifiesta su proclividad, así como el hecho de que efectivamente muchos de sus aduladores, que lo rodeaban y lo conocían, supieron apoyar sus solicitaciones de cargos, concesiones, etc., acariciando su barba y besando su pecho. Un caso extremo nos es transmitido por su edecán Dávalos, quien nos narra que Melgarejo, estando completamente borracho, se desnudó e invitó a sus admiradores que le besasen allí donde más se distingue el hombre de la mujer.

Después de esta digresión sobre un rasgo que comparte con algunos de los más grandes genios y con algunos de los más viles criminales, retornemos a los acontecimientos del carnaval de 1866 en La Paz. Ante todo debe mencionarse aquí el episodio en el cual, nuevamente encontrándose en el balcón, ve a un pelotón de soldados, y -desahogando de esta manera su odio contra los paceños- les ordena atacar a la muchedumbre reunida en la Plaza, como si se tratase de un ejército enemigo. Felizmente fue obligado en el momento crítico, por la llegada de los señores Olañeta y Lanza, a abandonar el balcón, y así pudo evitarse una desgracia mayor. Hizo beber inmediatamente a los recién arribados y también obligó a los dos caballeros de avanzada edad a bailar con él y con los soldados, durante el cual baile se divirtió, riendo como un loco, en intercambiar las pelucas de los dos.

Cuando en el curso de la misma borrachera, que sin contar las interrupciones absolutamente necesarias para el sueño, duraba ya algunos días, se decidió repentinamente a dar un paseo en altas horas de la noche, ordenó antes de salir que la Plaza fuese completamente despejada de gente. Encontrando luego, a pesar de su decreto, a un sacerdote acompañado por un hombre, hizo detener a éste y mandó a su casa al sacerdote, pese a que el primero había llamado al segundo para una Extremaunción. Sobando nerviosamente

su barba -un movimiento involuntario que en él degeneraba casi en un tic-, siguió andando y llegó a un pequeño café administrado por franceses, donde, estando ausente el propietario, obligó a la dueña a dejarle pasar la noche en su casa, mientras impidió el regreso del esposo por medio de guardias. El matrimonio francés tomó las de Villadiego, abandonando el país al día siguiente.

Al oír de tales andanzas de Melgarejo, podríamos tener la impresión de que él no amara realmente a Juana, pero si consideramos su verdadera disposición de carácter debemos admitir que la intensidad de su amor hacia la favorita no era afectada por tales aventuras puramente sensuales. Aunque buscó con bastante frecuencia también otras contingencias sexuales, sin embargo, todos los relatos atestiguan que únicamente con Juana tenía una unión del alma más profunda. La predisposición poligámica del sexo masculino de la especie "homo sapiens", le obligaba, debido a sus pocos impedimentos, a buscar también aventuras, casi habría dicho extramatrimoniales -tanto dominaba la figura de Juana en el centro de su vida y pensar-, sin que por eso su cariño para con "ella", que se aproximaba al avasallamiento sexual, hubiese disminuído.

Sin tomar en cuenta flirteos accidentales principalmente tenidos con las esposas y queridas de sus oficiales y con las rabonas de los soldados, sostuvo en La Paz una relación amorosa más duradera con una cierta María Delhorme y en Sucre con la hija de un señor Flores, quien personalmente obligó a su hija, que vivía separada de su esposo, a amancebarse con Melgarejo. Su sexualidad casi animal ni conocía impedimentos ante flirteos parecidos al incesto, como por ejemplo con la hermana y la madre de Juana. Lenguas muy mordaces hasta afirmaban, si bien sin fundamentos reales, que la hija de Rosaura Sánchez no fuese la de Severo, sino la de Mariano Melgarejo. La "chronique scandaleuse" no conocía límites. Un edecán de Melgarejo, de quien nos son trasmitidas treinta melgarejadas, le pinta en estas narraciones, que nos hacen recordar los "Treinta cuentos

burlescos" de Balzac, como mucho peor que Don Juan Tenorio, y leyendo sus líneas se podría tener la impresión de que Melgarejo hubiese dejado encinta más mujeres que Atila. Mas no era un verdadero "pater patriae", ni en este sentido bufón de la palabra, y más bien debemos reservar este título para el presidente venezolano, General Gómez, quien dejó a la hora de su muerte reconocido a casi medio millar de hijos.

La extraordinaria voluptuosidad de Melgarejo tampoco se arredraba, ante los más viles crímenes. Cuando una vez sus aduladores querían hacerle postergar una proyectada salida de Sucre, entregaron a merced de sus más bajos instintos a una huérfana de once años, a la cual efectivamente sedujo. De este modo su comitiva criminal logró realmente que el borracho postergase su viaje, pero la pobre niña inocente se enfermó gravemente a causa de lo ocurrido.

También en las relaciones con sus diversas damitas, su trato sexual no siempre quedaba limitado a lo más normal, y cierta vez que una de sus amigas le negó uno de sus giros extravagantes, eso tuvo su influencia sobre los sucesos del Estado, porque entonces, menos poéticamente que Marcial, quien en tal ocasión se quejó solamente en verso:

*¿Quieres negarme lo que Cornelia permitía a Graco,*
*Julia a su Pompeyo y Porcia daba a Bruto?*

abandonó no sólo la habitación, sino también inmediatamente, determinando los consiguientes gastos al Estado, junto con sus tropas, la ciudad (La Paz) En otra ocasión sucedió lo mismo en Sucre.

Una vez su ansia de aventuras le condujo a un serio peligro. Invitado por doña Dolores Sarrieneta de Lastra, la visitó en su casa. Sea que doña Dolores pensase durante la ejecución de su plan en Judith y Holofernes, o sea que no, de todos modos cuando Melgarejo, cansado por la chicha y otros placeres, se adormeciese, debía ser asesinado por unos conspiradores que habían estado ocultos durante la comida,

y sólo escapó a su destino porque en el momento decisivo agarró a aquéllos un temor indescriptible al "león dormido", expresión usada por doña Dolores, al relatar el asunto.

Aunque sería posible continuar ilimitadamente la lista de las aventuras extramatrimoniales de Melgarejo -como las denominábamos-, ya sólo queremos referirnos brevemente a su amiga cochabambina Ignacia, tocaya de su madre, la cual supo conservar su devoción por algunos años, enviándole frecuentemente la célebre chicha de su suelo natal.

Antes de dejar este tema quizá a menudo desagradable y a veces casi asqueroso, me permitiré hacer algunas observaciones digresivas. Así como existe un prólogo y un epílogo, así puede encontrarse un mediálogo -palabra que tiene que ver tanto con el hecho de estar en medio del libro, como con la expresión meditar-. Este mediálogo -llamémoslo con Erich Kaestner reflexión- se impone en aquel punto donde el autor tiene que decir al lector algo que no cabe dentro del cuadro de la narración, y donde no tiene a mano a un venezolano locuaz, apropiado para este fin.

Quien escribe estas líneas, frecuentemente al leer novelas y especialmente biografías, ha tenido la impresión de que el respectivo autor evita cuidadosamente la mención de la vida sexual de su héroe, y considera, en cuanto no se trata de literatura pornográfica, como tabú el entrar más detenidamente en estos tópicos. Y, lo que es aún, peor, muchas veces ha notado la tendencia de algunos biógrafos de dar una interpretación errónea a la vida sexual del sujeto para depurarlo de lo que, según el criterio de tales autores, constitúyese un defecto, mientras en realidad se trataba de un componente absolutamente fundamental y decisivo del respectivo carácter, que debería valorarse muy positivamente.

El autor espera no merecer el reproche de escribir mera pornografía, al no querer esquivar la mención de estos temas, que son el móvil de tantos de nuestros actos. Para obtener un retrato completo de nuestro héroe, parecía necesario hablar también de aquellos instintos, de los

cuales, al menos desde Freud, sabemos cuántas veces determinan nuestras acciones. Seguramente existen también otros personajes históricos en cuya descripción podemos prescindir casi en absoluto de los factores sexuales, por razón de no ser necesarios para la completación (sic) de un cuadro redondeado de la respectiva persona, o porque su vida sexual estaba tan de acuerdo con la norma aceptada por la universalidad como tal, que estaría demás el penetrar detenidamente en esta materia. Este decididamente no es el caso de la figura principal de este libro; tenemos ante nosotros a un hombre, que cuando no duerme -y ni siquiera sabemos lo que sueña-, se deleita en placeres sexuales. Sus instintos son excesivamente fuertes, y su inhibición hasta rudimentariamente débil.

Ahora tenemos que considerar todavía otro punto relacionado con estas cuestiones. ¿Cuál habría podido ser la razón del autor al no expresar, tanto en el curso de este capítulo como en el otro, su reprobación del biografiado? La respuesta es que el autor sólo se cree en el derecho de sentenciar a personas intolerantes, y no a aquellas que difieren de la norma aceptada. El abstinente que condena al bebedor me parece un puritano farisaico y filisteico, porque presumiblemente el abstinente menosprecia el alcohol por no encontrar placer en beberlo, y por eso querer obligar a todos a abstenerse y además envanecerse de un déficit que a él mismo le priva de un placer de la vida, va, según mi opinión, demasiado lejos, y yo desprecio mucho más la envidia intolerante del abstinente, que la embriaguez instintiva sin trabas del bebedor.

El desarrollo cultural debe manifestarse en el dominio de nuestros instintos por medio del razonamiento y en retenerlos donde lo exija nuestra razón, pero no en considerar algunos de nuestros instintos humanos, impulsos, etc., los cuales nos dio la naturaleza, como inferiores, despreciables o hasta tabú -la palabra "naturaleza" está concebida aquí como opuesta a "cultural" antes citada, equivaliendo a decir más o menos como "heredado" por contrario a

"adquirido"-. Mientras nuestro cerebro sea un órgano tan poco desarrollado como aún lo es, no tenemos el derecho de sentenciar los instintos, conferidos a uno u otro de nosotros por la naturaleza, sino que debemos procurar, antes de permitirnos siquiera un juicio, conocer y comprenderlos mejor, y, antes de condenar quizá los goces libertinos del héroe de este libro, debemos indagar más profundamente nuestra propia subconciencia para descubrir luego que tampoco nosotros mismos estamos libres de ciertos instintos heredados de seres diferentes del "homo sapiens". Constataremos entonces, si tenemos la suficiente honradez contra nosotros mismos, que si hubiésemos condenado a Melgarejo, nos habría ocurrido algo parecido al hombre de la alegación bíblica, quien vio la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio. Si fuésemos bastante francos con nosotros mismos, ¡cuántas veces podríamos ser más indulgentes, más comprensivos y más tolerantes!

Contemplando después de todo lo dicho nuevamente el carácter del Presidente dictador Melgarejo, o sea de un hombre en el cual los instintos se sobreponen a la razón, está cercana la tentación de enfrentarlo con Linares, el Dictador-presidente de Bolivia; una confrontación que ya fue hecha anteriormente por el médico y escritor boliviano, doctor Jaime Mendoza. De un lado tenemos al romano típico, Melgarejo, quien mejor encaja en la edad antigua, quien vive la vida por la vida misma, quien con su concepto de "vivir y dejar vivir" es un epicúreo neto, quien cuando asesina, lo hace obedeciendo a un impulso y no a una premeditación, quien cuando ama, no lo hace por la propagación, y quien en su -casi se habría impuesto aquí la palabra "sana" -ingenuidad está libre de los prejuicios que tantas veces hacen infelices a otros. Su vanidad es la de un primitivo, de un Dantón, que es ostentada groseramente cuando vemos al hombre en su postura histórica con su barba renegrida y con su capa de color rojo fuego. Si con las aptitudes que tenía, hubiese surgido de un ambiente mejor, habría podido ser, de acuerdo a ciertas dotes innatas de liberalidad, el ideal ma-

estro de la vida. Habría adquirido hábitos inhibitorios por medio de la educación y habría obtenido la necesaria instrucción fundamental; tal como era, sin embargo, los instintos dominaban ilimitadamente a este hombre, y un pueblo acostumbrado al sufrimiento tenía que soportar las consecuencias de su educación deficiente.

Del otro lado de esta comparación contradictoria tenemos a Linares, quien con su fanatismo unilateral es mucho más germano, y si -con referencia a Schiller- quisiésemos invocar a dos personajes antiguos, para mencionar otra pareja contradictoria y para subrayar de esta manera todavía más nuestra enfrentación, Linares sería comparable al austero espartano Licurgo, quien hace esparcir su ceniza a los cuatro vientos para que sus leyes valgan eternamente, mientras, pese a toda su sinrazón, Melgarejo sería el vivaz filósofo ateniense Solón, quien invita a su pueblo a modificar sus leyes en el momento necesario, conforme lo impongan las condiciones. Cuando asesina Linares, el asceta y abstinente de la vida, esto sucede únicamente a base de una supuesta necesidad del Estado y sin impulso interior; como una estatua inanimada decide Linares, y sólo él, lo que es bueno y justo, y lo que es distinto de él es malo e injusto. Un profesor de escuela sutilizador, doctrinario -un Robespierre-Linares- está frente al tan dionisíacamente indoctrinario maestro de la vida, Dantón-Melgarejo. Parece que con Linares todo alude a un otro mundo incierto, a una teoría grisácea; con Melgarejo a este mundo muy cierto, a una vida dorada. Si en este párrafo Melgarejo fue comparado a Dantón y Solón, y si Linares fue comparado a Robespierre y Licurgo, tengo que decir, lo que tal vez sería supérfluo: que no he tratado de equiparar los presidentes bolivianos a los legisladores griegos o a los revolucionarios franceses, sino que lo que importa es solamente el "tertium comparationis".

Naturalmente, las cualidades del carácter de Melgarejo son explicadas por su ascendencia, las aptitudes innatas y la educación. Racialmente visto, el componente blanco era

diminuto en él. Su madre era, según algunos datos, una india de sangre pura, según otros una chola con una mezcla blanca y apenas perceptible. Su padre era mestizo de un español -raza que generalmente tiene en sus venas aparte de sangre blanca, también morisca- con una india. Visto no racialmente, era el hijo de un asesino y de una buscona. El doctor Luis Isaac Landa quiere reconocer en él al psicópata degenerado hablando de una "psicopatología de Melgarejo" y comparando esta expresión con las usadas para otros personajes sudamericanos como "neurosis de Rosas", "melancolía de Francia" o "delirio místico de García Moreno". Landa cree reconocer al demente no sólo en su carácter, sino también en su figura exterior, tal como en la forma de la nariz, el tamaño del pabellón de la oreja, etc., y expresa también en esta hilación su opinión de que Melgarejo hubiese padecido de "lúes heredada". Nosotros queremos, como ya lo dijimos en la introducción, ver en Melgarejo no sólo al degenerado hacia la demencia, sino también hacia la genialidad.

Algunas palabras de nuestro idioma alteran su significado según su aplicación, y por lo tanto no pueden ser definidas de una vez por todas, enteramente. Yo quisiera aclarar, para evitar malentendidos, la definición de dos expresiones, en cuanto estas se refieren a Melgarejo. Se trata de "genio" e "inteligencia". Aquí, y únicamente en esta relación, entendemos por genio a aquel hombre que por sus cualidades extraordinarias llega a lo sobrehumano, sin considerar nosotros si él las emplea para el bien o el mal de la humanidad. De este modo hablaríamos asimismo de la genialidad del traidor Efialtes o del incendiario Heróstrato; quizás hablaríamos en esta conexión mejor de una "demencia genial", que de "genio y demencia" según el concepto de Lombroso. Para explicar de acuerdo al tema -el lector pensaría tal vez para "desacreditar"- también la segunda de las mencionadas palabras, "inteligencia", debe decirse que el autor, cuando se trata de la inteligencia de Melgarejo pensó por ejemplo en acoplaciones de palabras

como "inteligencia musical" o "inteligencia unilateral", de modo que para nuestro héroe podría hablarse -para expresarlo groseramente- de una "inteligencia animal instintiva". Nos ocurre la idea de hablar de una inteligencia de esta índole cuando observamos la forma de la cabeza de Melgarejo, -en la cual una frente triangular así como un hueso frontal desproporcionadamente pequeños están opuestos a un occipital enormemente grande- tomando en consideración las reflexiones médicas de los incas, cuya quinta-esencia era que en la parte anterior de la cabeza se encuentran contexturas cerebrales, que, cuanto, más desarrolladas y más grandes sean, producen, correspondientes a su mayor volumen, pensamientos tanto más nobles (lo que comúnmente denominamos inteligencia) mientras los lóbulos cerebrales posteriores influyen de la misma manera en los instintos menos nobles y hasta animales. De paso sea dicho, que los incas llevaban esta teoría a tal extremo, que así como hicieron los chinos con los pies de sus hijas, deformaban artificialmente los cráneos de sus hijos, para lo cual, tratándose de descendientes de soberanos, ejercían una presión sobre el cráneo posterior para que el frontal se desarrollase más libre y abundantemente, mientras el occipital debía degenerar, haciendo la operación exactamente opuesta con los niños de obreros.

Aunque de ese modo los dos conceptos "genialidad" y alta "inteligencia" aplicados a Melgarejo perdieron algo de su dignidad, eran sin embargo preferidos por el autor a todos los demás, porque más le importaba dar énfasis a lo "excepcional", tanto en el carácter de Melgarejo como en la palabra, que a lo "noble" de la palabra y lo "innoble" del carácter; por otra parte, cautiva al autor mucho más lo extraordinario, que lo absolutamente bueno; y finalmente prevalía también la intención de provocar en los pensamientos del lector algo que al leer estas dos expresiones le hiciese pensar en lo sobre-humano y heteróclito, y con todo de degradar "genialidad" e "inteligencia" quedase sin embargo a estas dos palabras siempre algo indescriptible inherente,

que a fin de cuentas recae sobre el héroe del libro, que era lo buscado.

Si el autor se siente obligado aquí a expresar también su propio juicio sobre Melgarejo, debe todavía manifestar su pesar por las usurpaciones del natural dionisíaco de Melgarejo y debe recalcar que habría preferido ver evitados los asesinatos de inocentes y muchos otros crímenes; pero que sin embargo fue aquel fundamento del carácter de Melgarejo lo que le atrajo y le incitó a narrar precisamente la vida de este hombre, y no la de algún otro. Los muchos años que han pasado desde todos estos acontecimientos, de cuyo relato volveremos a tomar el hilo, nos hacen juzgar, naturalmente, muchas cosas con otros ojos y más indulgentemente que si nosotros mismos estuviésemos en medio de los sucesos y si tuviésemos que participar personalmente en todas las usurpaciones, caso en el cual seguramente también el autor se contaría entre los más fervientes adversarios de Melgarejo.

## HERMANO INDIO

Con la descripción del segundo congreso nos hemos adelantado un tanto en la cronología de los acontecimientos y tenemos que ocuparnos nuevamente de circunstancias cuyo origen data hasta de algunos años atrás, antes de poder finalmente dedicarnos a las revueltas y a la revolución que ocasionaron la caída definitiva del "Dionisio de Tarata", del "Atila boliviano".

Como ocurre con tantos gobiernos, también en el de Melgarejo el problema pecuniario estaba en el proscenio, como "spiritus rector" de numerosos sucesos. Un déspota que dependía totalmente de su fuerza armada y de sus soldados, debía sin duda alguna en primer lugar asalariar bien a éstos; además se absorbían enormes sumas para el mantenimiento de la corte, los muchos viajes, y ante todo para la insaciable familia Sánchez. Por lo tanto se trataba por todos los medios, siempre de nuevo, procurar dinero y más dinero. Ya hemos oído de la acuñación de los pesos, tostones y reales "melgarejos" de valor inferior, como también se mencionaron ya diversos otorgamientos de concesiones, por ejemplo para los yacimientos de guano de Mejillones. Ni ante expropiaciones de fundos eclesiásticos "a la" José II de Austria se acobardaba Melgarejo y de este

modo expidió en Octubre de 1866 un decreto, quitando a las monjas clarisas de Cochabamba su finca (hacienda) en Cliza. También intentaron Melgarejo y Muñoz frecuentemente hacer empréstitos, con y sin éxito; especialmente con la casa bancaria Tomás La Chambre y Cía.,en Lima, fue firmado un contrato por un millón de pesos, muy desfavorable para Bolivia. Cuando este dinero finalmente llegó a La Paz, fue empleado en su mayor parte para pagar salarios vencidos de oficiales, y Melgarejo, como ya hemos relatado anteriormente, se descontó 36.000 pesos para su propio bolsillo, los que, según su criterio, le correspondían de una suscripción en favor del entonces recién hecho "capitán general" Melgarejo, organizada en broma durante una francachela. De la citada suscripción, 6.000 pesos ni siquiera habían sido destinados a él mismo, sino al mientras tanto fallecido general Olañeta, en cuyo nombre Melgarejo ahora embolsaba esta suma. Por otra parte, hasta creyó, él que siempre había considerado el tesoro público como su fortuna particular, que el Estado le debiese todavía más de 60.000 pesos como salarios alcanzados, suma que sin embargo no cobró, puesto que ella se quedaría de todos modos en el -"el Estado soy yo"- erario.

En relación a las diversas maquinaciones monetarias de Melgarejo y Muñoz circuló una muy bonita sátira, intitulada "Mando de Melgarejo", que jugueteaba con el doble sentido de la palabra "mandar" y que además aludía a la inscripción "al talento y valor" de sus monedas":

*Melgarejo aunque odiado*
*En Bolivia por feroz,*
*Es el que más ha mandado*
*Con su "talento" y "valor"*
*Si él nació para mandar*
*Con el come-pan Muñoz*
*No han cesado de mandar*
*El dinero al exterior.*

Pero todos los préstamos, que frecuentemente causaron obligaciones de muchísimos años para el país, como por ejemplo el empeño de los ingresos fiscales de determinadas aduanas, fuese de Oruro o La Paz, los impuestos y las emisiones de nuevo dinero no podían llenar el tonel sin fondo, y por lo tanto se recurrió a una original idea. Con el motivo pretenso de que los indios no aprovechaban sus posesiones de terreno en forma circunspecta y lucrativa, se decretó vender estas propiedades en favor del erario. Como era de esperar, recibieron en esta ocasión los amigos y compadres de Melgarejo la parte del león, frecuentemente hasta sin satisfacer la paga prescrita o acordada.

El lector no iniciado en las condiciones de vida sudamericana quizás se extrañe por cómo era factible emitir y ejecutar un decreto tan horripilante que afectaba a la predominante mayoría de la población. Para aproximarle este problema y para hacerlo inteligible, parece oportuno discutir en este punto más detenidamente, quién es, propiamente dicho, el indio, y como introducción sean reproducidas algunas líneas de un texto anónimo, citado por Arguedas, del fin del siglo pasado. las cuales atestiguarán que la suerte y la misión de indio en los países andinos son más desconsoladoras y más deplorables que las del negro en la América del Norte, las del culi en China, o las del malayo en las colonias. El es el "out-cast", "out-caste", miembro de un pueblo paria.

El autor escribe literalmente: "Un pongo es el ser más parecido a un hombre; es casi una persona, pero pocas veces hace el oficio de tal; generalmente es cosa. Es algo menos de lo que los romanos llamaban "res". El pongo camina sobre dos pies, porque no le han mandado que lo haga de cuatro: habla, ríe, come, y, más que todo, obedece; no estoy seguro si piensa. . . Pongo es sinónimo de obediencia; es el más activo, más humilde, más sucio y glotón de todos los animales de la creación. . . "

Aunque aquí se habla en realidad del "pongo", el siervo, el esclavo, tampoco el indio conjeturalmente libre se distingue

sobremanera de éste. El indio de nuestros tiempos es un descendiente de los que construyeron los maravillosos edificios de Sacsaihuaman, Ollantaytambo, Machu Picchu y otros asombrosos portentos del mundo, pero no es el descendiente de aquéllos que los idearon. Estos últimos, la élite, parecen haber sido eliminados íntegramente y sin legarnos hijos congénitos; y la evolución de una nueva aristocracia no sólo no fue patrocinada por los caras pálidas, sino que hasta fue impedida con todos los medios. (Puesto que aquí se ha introducido ya la palabra "cara pálida", sea permitida una observación cultural-histórica de cierto interés respecto al lenguaje: mientras al blanco lo llamamos "cara-pálida, denominamos al indio "piel" -roja, designación que el americano autóctono comparte con uno de los primeros pueblos de alta civilización del viejo mundo: "fenicios" "pieles"-púrpuras, en lo cual -en el presente caso nos consta, pero en otros similares tales denominaciones podrían informarnos acerca de cosas ha mucho olvidadas- es claramente visible que en tiempos del primer encuentro de los dos, si bien estaba vestido de blanco, no otro tanto el indio)

Sólo un modo de desarrollo condescendemos a tolerar para el indio: si ya es absolutamente inevitable que él madrugue, le permitimos fingirse "blanco", pero, ¿"inca"?, ¡no!, a eso no accedemos jamás. Falsamente y a la fuerza lo obligamos a ver ideales allí donde nosotros los vemos, y de ese modo nos privamos a nosotros mismos de los enriquecimientos y emociones que podríamos obtener al examinar una cultura de nuestros co-humanos, distinta de la nuestra. Estas últimas líneas no son concebidas como una invitación para acaso hacer retroceder todo desenvolvimiento, hazaña utópica en la época de la bomba atómica y de la navegación estratosférica; no pretenden ser más que la lágrima que vertemos conmemorando una cultura esfumada, sea ésta la griega, la incaica u otra.

Uno de los sentimientos más dolorosos nace en la contemplación de lo sobreviviente de una era pasada.

Pensamos en las ruinas de Itálica y a la memoria surgen estas líneas:

*Todo desapareció, cambió la suerte*
*Voces alegres en silencio mudo;*
*Mas aún el tiempo da en estos despojos*
*Espectáculos fieros a los ojos,*
*Y miran tan confusos lo presente,*
*Que voces de dolor el alma siente.*
*Emulación ayer, de las edades,*
*Hoy cenizas, hoy vastas soledades.*

Atravesando la Acrópolis giran nuestros pensamientos alrededor de Pericles y Platón, mientras. . . unos harapientos niños griegos nos embisten; trepamos al Intihuatana y soñamos con los ojos abiertos en el culto del sol e inimaginables obras arquitectónicas, mientras una india leprosa nos apesta el aire. Quedamente deseamos que algún día, posteriores descendientes de éstos cobren fuerza de los orgullosos vestigios de sus antepasados, para hacer surgir otra vez una nueva, vieja cultura; y decimos con don Jaime Mendoza:

*Levantemos con ellos un magnífico templo,*
*una escuela sublime -la escuela del ejemplo-*
*en donde nuestros hijos recojan la enseñanza*
*que haga sobre el recuerdo florecer la esperanza,*
*y a su conjuro sean, en vez de un pueblo enclenque,*
*un pueblo fuerte y grande que fatigue el palenque*
*con su tesón y audacia, y aunque por fin sucumba,*
*porque todo sucumbe, sepa dejar por tumba*
*obras cual Tihuanacu. . .*

Luego, por otra parte, nos estremecemos en un escalofrío al presentir que en pocos miles, quizá en pocos cientos de años también la cultura nuestra será un montón de escom-

bros, de cuyos cascotes alguien excavará aquí una cabeza del "Moisés" de Miguel-Angel, allí unos renglones de "Hamlet", y en nuestra mente anhelaremos que él considere estos tesoros como nuestra cultura, y no, como era en realidad, descubra que aquello sólo había llegado a ser propiedad intelectual de unos pocos muy contados, mientras la mayoría. . . pues, a la mayoría de los indios la tenemos ante nuestros ojos, pero para la comprensión de la elevada cultura de los Miguel-Angeles incaicos de antaño no nos puede cooperar. Son nuestros prójimos, nuestros hermanos de la "raza de bronce", y debemos avergonzarnos hasta el fondo de nuestra alma por permitir que vivan en tal forma que un buen observador pueda decir de ellos: -Es el ser más "parecido" al hombre.

El indio de la cordillera -aymara o quechua- es un ser, si bien generalmente no estúpido, sin embargo casi siempre primitivo, que carece en primer lugar de educación. De robusta estatura, con hermoso rostro que muchas veces, al menos cuando no está ya desfigurado por la coca, delata en las facciones y en sus vivos ojos una inteligencia aún no despertada y por lo tanto no aprovechada por la universalidad, es de una belleza de tez, como no la posee ninguna otra raza quizá con excepción de los hindúes y malayos. Vegeta mucho más de lo que vive, y tiene que sostener en las a menudo tan áridas altiplanicies de los Andes una dura lucha por la existencia, especialmente en zonas donde ya no crecen el maíz, la batata, la chiromoya, la palta, el tomate y otras riquezas tropicales, y donde la quinua -el arroz andino- es casi el único producto agrícola; a menudo tiene que convertirse allí la necesidad en virtud cuando hay que apreciar como golosina por ejemplo la congelada papa seca, el así llamado "chuño".

El indio vive, al igual de otros pueblos primitivos, en simbiosis con cierta especie animal. Tal como el esquimal ha basado su civilización en la existencia de la foca, el indio altiplanense depende de la llama. El humilde "camello del altiplano" le ayuda a llevar sus cargas -aunque solamente

hasta cierto límite (aproximadamente medio quintal), negándose decididamente a levantarse en el caso de haber sido cargado con más, y tratar de forzarlo tendría como único resultado el enfurecimiento del animal, por lo común dócil, que se defendería escupiendo una terrorífica cantidad de saliva ácida-; su piel y su pelo le proporcionan vestimenta y cama; sus huesos utensilios; le brinda su carne; su leche le apaga la sed en la árida meseta y le sirve para preparar un sabroso queso; cuando es cuestión de vida o muerte, hasta tiene que perecer para extinguir con el líquido de sus entrañas la sed de su amo; sus excrementos- la "taquia"- le suministran el combustible, cuando no dispone fortuitamente de la "yareta" -especie de raíces de arbusto-; su orina se utiliza como medicina y desinfectante, y finalmente le sirve también a veces, en la soledad de la inmensa lejanía, como objeto de amor. Mejor que estas palabras lo dicen los siguientes renglones del famoso escritor boliviano Jaime Mendoza:

*Porque, en verdad, oh llama, tú eres al alma, el genio*
*de estos parajes;*
*Tú eres el bien más necesario*
*para sus pobres hijos: lo que es el dromedario*
*para el hombre de Libia, o el generoso equino*
*para el kirguís, o el reno para el lapón . Tu sino*
*es darlo todo al indio: le das tu compañía,*
*le das tu piel, tu carne, tus huesos, tu energía...*
*Tu eres sufrida y parca: vives en las más tristes*
*y desoladas tierras: impávida resistes*
*la nieve, el viento, el frío: tomas el pasto escaso*
*y las aguas mezquinas que encuentras a tu paso,*
*y si no, resignada, sufres la sed y el hambre*
*hasta morir... Oh llama, ¿de qué dura raigambre*
*has salido?. . .*

La llama pertenece a la clase de los camellos, aunque es más baja y sin giba; desciende probablemente de su hermano no domesticado, el guanaco, y cuenta entre sus

parientes más cercanos a la hermosa y tan encopetada vicuña, cuya piel es la más valiosa del mundo, y a la alpaca, cuya lana es muy apreciada. La llama, con su haz de trigo y el árbol del pan, en frente del famoso cerro de Potosí, tan rico en minerales, y el sol naciente, venerado en otros tiempos por los incas, es el animal emblema de Bolivia.

El indio mora en sencillas chozas, construídas de grandes adobes -ladrillos de barro no cocidos-. Si se lo permitimos, vive en una especie de predio comunal, para no decir en sociedad comunista, y sus vicios primordiales son la chicha y la coca. Su religión es aparentemente el catolicismo, pero de todos modos uno muy contaminado por ritos incaicos, condición a la cual tampoco la circunspecta iglesia pudo eludir, por lo que en Copacabana por ejemplo, el lugar más santo, la Meca de los indios, construyó una magnífica basílica, transformándola en un santuario cristiano, mintiéndose a sí misma que el indio peregrinaba a la basílica, cuando lo que él hace es emprender sus romerías buscando a los dioses derrocados y perdidos de sus antepasados ha mucho desaparecidos. La vida del indio es dominada por una religiosidad según su propio molde. Sus hechiceros se esfuerzan, tal como lo hace la mayoría de nuestros predicadores, en inculcarle algunas supersticiones, sólo que aquí vemos con más claridad, por no tratarse de nuestra propia creencia, que tenemos ante los ojos un credo apócrifo y no uno auténtico. La brujería domina todavía sus pensamientos; a menudo vemos cómo pega algunas hojas en prederteminadas partes del rostro, en lugar de usar un remedio efectivo, y quizás lo hace también de vez en cuando por otros motivos místicos. Además se manifiestan sus maquinaciones hechiceras en exorcismos contra malos espíritus imaginarios, ante quienes siente un abstruso pavor, y en numerosas otras demostraciones de esta índole.

Este hombre percibe, todavía hoy, en el blanco, al "viracocha", al dios, y lo odia y lo ama, y ante todo lo teme. Si fuese capaz de hacerlo, presumiblemente querría librarse de inmediato de este dios, sólo, demasiado incómodo, y

arrojarlo a los abismos andinos de miles y miles de metros de hondura. El blanco en cambio no quiere ver en el subyugado al ser humano, sino, cuando mucho, al animal de trabajo al que tiene la incumbencia de alimentar. Si es indispensable, afirma con palabras altisonantes, en alguna asamblea, algo sobre el progreso del indio, hecho y por hacer, y al pronunciarlas sabe muy bien en su más íntimo pensar que ni siquiera daría la bienvenida a la emancipación de éste, pues, !ay!: sí al indio le dijera una vez el corazón que es hombre y no animal, procedería muy probablemente al fraticidio de Caín de su hermano blanco.

Este indio es, en resumidas cuentas, un ser dócil, agradecido por cualquier señal de afecto, y desde generaciones acostumbrado a recibir sin queja y a aguantar sin refunfuño puntapiés y pisotones. Pero a veces, muy escasas veces, como cuando se tortura demasiado a un gato y éste de repente demuestra que está estrechamente emparentado con el tigre y el león, así como este gato también el indio devuelve de repente el golpe, da testimonio de su parentesco humano: se rebela. Para él no es una revuelta, para él es una revolución que barbota desde siglos y que sólo súbitamente se inflama, encendida por alguna infamia excesivamente cruel. Una tal erupción volcánica de la eternamente hirviente masa indiana sucedió como reacción a la clamante injusticia de las expropiaciones. Una revuelta de algún politicón pudo haber tenido esperanzas de triunfar, pero ¿una revolución, indígena? ¡Jamás! Nosotros tenemos rifles y cañones, y vosotros sólo puños y piedras: "Where the might, there the right".

Cuando entonces, en el año 1869, rezongaron los indios de Taraco, Ancoraimes, Huaicho y otros lugares cerca de la frontera peruana, inmediatamente se escogió al hombre más apropiado para suprimir estos disturbios: el elegido fue un primo de Melgarejo, el general Leonardo Antezana. Este puede reclamar para sí con fundado derecho el título de "el sádico entre los sádicos". Bajo de estatura, feo y virolento, difundía a donde quiera que llegase sólo repugnancia y

horror. Este cholo era el más sanguinario de todos los verdugos de la época melgarejiana. Siendo amigo del jefe del Estado, llevaba consigo una perpetuamente válida carta de exención, que le autorizaba al homicidio y a la saña, y su salvajismo no conocía límites. El pertenecía a aquellos hombres cuyos instintos bárbaros reinaban libremente en sus adentros, y los cuales, cuando era posible, como en tiempos de Melgarejo, se manifestaban también para afuera sin medida ni meta. Asimismo asesinaron y saquearon Irigoyen, quien regía con singular crueldad en Caupolicán, los hermanos José y Pablo Sánchez y muchos otros, pero Antezana los superaba a todos, y parece que eso no tenía otro efecto que el de conquistarle un lugar de honor en el corazón de Melgarejo. En Luribay, Achacachi, Lampa, y otras aldeas, se asustaba a los niños con la mera alusión a su nombre, pues allí se había desenfrenado ilimitadamente con especial ahinco; y ante todo había hecho exhibición en estos lugares de su sadismo anti-fetichista contra los que llevaban cogulla, los sacerdotes, pero sin que siquiera por eso hubiesen quedado inmunes los demás. Así, incendió en 1867 por motivo de venganza personal la casa del teniente coronel Vargas en Urmiri, cerca de Pazña, al parecer para imitar a su amo, quien, como ya hemos relatado, hizo carbonizar un pueblo entero; también es él el asesino inmediato del inocente Santos, y es cómplice en el homicidio de Bascuñán, de cuyas ejecuciones ya se habló en otra parte. El gobierno hasta se vio obligado a iniciar en cierta ocasión un proceso contra él, porque casi había hecho matar a azotes a un tal Patiño, si bien el procedimiento judicial fue interrumpido oportunamente, antes de haberse dictado el fallo. Pues, este hombre seguramente era el más adecuado para descepar con toda fuerza una revuelta de indios, lo que efectivamente hizo, faenando en el tiempo más breve a más de dos mil de aquéllos.

Sólo un estorbo tenía la cosa. Los indios sin falta alguna habían sido derrotados y asesinados en la forma más perfecta imaginable, pero al hacerlo se había violado el te-

rritorio peruano, matando y saqueando aún allí. No se hizo esperar una nota correspondientemente enérgica del Perú, y, aparte de exigir la reparación de los daños causados, se insistió en la destitución de Antezana y en un desagravio especial al pabellón peruano, por medio de un solemne "salut" militar, frente a la legación en La Paz. La indemnización no causó serios obstáculos. A los muertos no se los podía resucitar; los daños efectivos no eran demasiado grandes, dada la pobreza prevaleciente de la población indígena, y las sumas de recompensa que se debían pagar a los supervivientes eran también muy reducidas. Los niños y mujeres arrebatados, especialmente los miembros de una cierta familia Mamani -éste es, de paso sea dicho, el apellido más común en círculos aymaras- fueron devueltos al Perú.

Distinto era el asunto referente a los otros dos puntos. Si bien Antezana fue destituído "pro forma" por algún tiempo, ni siquiera se pensó en un castigo de este culpable principal, tal como lo reclamaba el acento de la nota peruana. Sólo en broma dispuso Melgarejo una condena, obligando a su primo a dirigirse por carta al Señor, fingiendo a Antezana que lo haría ejecutar, cosa que probablemente ninguno de los dos tomó en serio.

En cuanto a la reverencia a una bandera extranjera. Melgarejo eludió el dilema embarazoso en la forma más extravagante. Puesto que el Perú amenazaba seriamente que en el caso necesario recurriría a las armas, no pudo evitar cumplir también este ítem de la petición, y por lo tanto se acordó finalmente, un domingo de Mayo de 1870, para este acto simbólico; las tres fue la hora convenida. Ya el sábado ondeaba desde el balcón de la legación el tricolor peruano, rojo-blanco-rojo, en espera de las cosas venideras. Cuán asombrado quedaría el representante del Perú cuando en la misma noche, a las tres, repentinamente oyó tocar delante de la legación a la banda militar boliviana, y comprobó con sobresalto que en el convenio no se había especificado que se tratase de las tres de la tarde, y que Melgarejo se deshacía ahora de su compromiso en horas del

santo sueño, sin la presencia de persona alguna que no participase directamente en esta peregrinación a Canosa. Todas las protestas adicionales sobre este tópico fueron vanas. El saludo al pabellón peruano se había efectuado, si bien no de acuerdo a los deseos del Perú, pero sí a los de Melgarejo.

## ¿Por qué y para qué?

Antes de considerar este libro como definitivamente concluído, el autor quisiera aún discutir algunos puntos. Ante todo no omitirá acentuar nuevamente que no se trata de una obra científica sino de algo así como una novela. Pese a haber empleado todo el esfuerzo imaginable en el estudio de los antecedentes, el autor rehusó escribir historia neta, pues demasiado tentador era presentar ciertos episodios de la vida de Melgarejo en forma novelada, y por eso a veces hasta conscientemente desviarse un tanto de lo más verídico. Tales desviaciones conciernen ante todo a breves pasajes; por ejemplo, repetidas veces ha parecido oportuno poner un acaecimiento, que de otro estaba separado por años, en conexión con este último, y así a menudo se juntaron sucesos menores. En la descripción de un festín se contaron también los pormenores de otro; con motivo de un viaje se mencionaron circunstancias que en realidad corresponden a otro que tuvo lugar en una época completamente diferente.

Además se han interpretado frecuentemente como hechos axiomáticos, indicaciones ambiguas sobre fechas, años, lugares, etc., aceptando simplemente uno de los datos contradictorios como fidedigno, para no cansar al lector con innecesarias discusiones, que no habrían contribuído en lo más mínimo a la comprensión de la personalidad del héroe. Como

aclaración de lo susodicho sean mencionados los siguientes casos: Santos, quien según la mayoría de los datos fue muerto el 9 de Diciembre de 1868, sufrió esta suerte según otros el 12 de enero de 1869: en el presente libro se indicó el 9 de diciembre como fecha del crimen; para la revolución de los cuatro sargentos hay documentos que citan también el año 1839 en lugar del 1840, considerado en este libro como válido; Morales estaba o en Sucre o en Oruro el día de asumir Melgarejo el poder: nosotros nos hemos decidido por el segundo sitio; a veces se señala al relatar la batalla civil del 27 de Marzo de 1865 que habría sido el coronel Villamil y no Melgarejo, cuyo sombrero fuese atravesado por un tiro; en este libro fue el chapeo de Melgarejo; acerca de las diversas fechas de nacimiento de Melgarejo ya se habló en el curso del libro. En algunos informes, de los que se tomaron ciertas anécdotas, éstas estaban ubicadas en años en los que cronológica y lógicamente son inconcebibles, lo que por lo tanto ha sido modificado. Cuando por ejemplo Angel Casto Valda opina en su folleto "Melgarejo y Morales" que Melgarejo era sargento el año 1852, o yerra en el año o en el rango militar. Si varios autores suponen que el héroe de este libro estuvo desterrado en el Beni, o es que trasladan, desestimando las condiciones geográficas, Santo Corazón o San Matías a este departamento,o es que Melgarejo, debió haber sido deportado allí en otra oportunidad que la mencionada, sin que nosotros poseamos un documento exacto y fidedigno sobre ese hecho. A veces aún hemos prescindido por completo de la indicación del lugar, como en el caso de la anécdota acerca de la marcha a Francia, la cual se produjo o en Oruro o en La Paz. Ocasionalmente hasta hemos cambiado el sitio arbitrariamente, como en el episodio de la reseña, la que presuntamente tuvo lugar en La Paz, mientras el autor prefirió Sucre como escenario, dado que en esta última ciudad esa ceremonia eclesiástica está mucho más en el proscenio de los acontecimientos. La indicación de que el padre de Juana hubiese sido aquel general Manuel Antonio Sánchez que tomó parte en el triunvirato de 1861,

se basa difícilmente en la realidad, ya que según casi todas las fuentes el padre de Juana era coronel y fue linchado por una furiosa muchedumbre paceña el 23 de Noviembre de 1861, mientras el citado general había muerto ya durante los cien días del triunvirato, el 9 de Abril de este mismo año. Esta lista podría ser prolongada aún mucho más, pero sólo hemos querido dar algunos ejemplos, sin agotar en absoluto o disculpar todas las declaraciones aparentemente erróneas. Además quisiéramos decir una palabra sobre dudas lingüísticas, pero basta con un caso: En el curso de la descripción del saludo al pabellón peruano se habló de una tricolor rojo-blanco-rojo. ¿No sería ésta en realidad una bicolor?

Algunas veces -y esto naturalmente jamás debería ocurrir en una biografía científica, pero sí puede en una novelesca- aún fue presentado como cierto precisamente el hecho que un detenido estudio de las fuentes había comprobado como el menos verosímil. Esto se ha hecho por una parte allí donde lo presumiblemente falso correspondía más al carácter de Melgarejo, visto subjetivamente por el autor -pues objetivamente no podemos juzgarlo siendo humanos- y ayudaba a aclararlo por lo tanto (nada hemos inventado en este respecto, pero sí utilizado material semiverídico), y por otra parte allí donde tanto la tradición en Bolivia -por ejemplo de una anécdota-, como el efectivismo de un episodio lo aconsejaban. Citaremos únicamente el ejemplo más craso en el cual el autor ni siquiera se acobardó de tomarlo para denominar todo un capítulo. Se trata de la expresión que ha llegado a ser proverbial en Bolivia: "Belzu ha muerto ¿Quién vive ahora?", la que, con toda probabilidad nunca fue pronunciada por Melgarejo, sino que sólo le fue atribuída después. Lo más verosímil es que abandonó, en compañía de Campero, luego del asesinato de Belzu, silenciosamente el palacio de gobierno. Pero es incumbencia del investigador de historia y no del novelista luchar contra la formación de leyendas, y el escritor de este libro considera frecuentemente más instructiva, bella y característica una

fábula que la simple verdad, y da por eso la bienvenida al nacimiento de aquéllas.

La novela biográfica debe, según creo, estribar su misión en aprovechar, después de un detenido estudio de las fuentes, cualquier detalle significativo, a fin de no privar al lector de elemento alguno característico de la personalidad del descrito, pero en cambio no repetir los pormenores sin importancia. Sin falta habrá siempre quienes consideren digno de referencia lo no citado, y que estimen parte de lo relatado como insignificante; pero es en la selección donde resalta la personalidad del respectivo autor, y un verdadero reproche podría hacérsele solamente en el caso de que él mismo hubiese reconocido una circunstancia como fundamental o al menos co-decisiva y la hubiese pasado por alto por motivos ajenos. Tales motivos ya se discutieron parcialmente en el capítulo acerca del carácter de Melgarejo, y ahora cabría agregar a los allí mencionados, ante todo, el temor a herir a la progenitura, las tendencias personales, ya sean éstas de naturaleza política u otra, y demás razones semejantes. Lo que se juzga verídico y digno de mención, debe relatarse también pues sólo así podrá llegar a conocerse al hombre y a adivinarse cuáles de los móviles que dominan al lector mismo, estaban implicados también en otros seres, y en el caso de Melgarejo, hasta en la formación de la historia boliviana. Si yo, inintencionadamente, hubiese herido en el curso de la narración a alguien -quizá a un descendiente de una persona citada- le ruego que me perdone y que reflexione que a menudo precisamente los más grandes tienen ascendientes o descendientes sumamente inferiores, y que por lo tanto nada se afirmó acerca del nieto contemporáneo al criticar a un hombre del siglo pasado. Tal cosa, como una mancha en el honor de la familia, en realidad no existe en absoluto: es únicamente la invención de los estrechos y prejuiciosos. Todos somos humanos y erramos; un hombre sin tacha sería la mayor monstruosidad, al que deberíamos crucificar por ser un Dios.

Aparte del propósito de ser una novela puramente biográfica, este opúsculo también persigue otros fines Ya el título, "Homo Melgarejo", debía indicar que aquí no sólo se iba a discutir a don Mariano Melgarejo, ni siquiera solamente a Melgarejo, el hombre, sino que, si bien se hablaría en primer lugar de Melgarejo, empero no menos del ser humano y de sus problemas en general. En muchos parajes se expresaron opiniones y tendencias, ante todo en favor de una tolerancia mayor, de modo que casi se habría podido dar al libro el subtítulo "biografía tendenciosa". Sin embargo esto no era factible, porque el lector habría presumido entonces con toda probabilidad que se describiría a la figura central interpretándola de acuerdo a una preconcebida idea, cosa que según el autor, es un acto vedado. Aquí por una parte se ha narrado la vida de Melgarejo, y por otra se han presentado determinados sentimientos únicamente en cuanto los sucesos de la vida del hombre descrito ofrecían la oportunidad de manifestarlos, sin desfigurar por eso intencionalmente los hechos mismos. Los acontecimientos de la revolución de los indios, por ejemplo, fueron relatados tal como ocurrieron; su acaecimiento sin embargo presentó el momento apropiado de tratar el problema en sentido tendencioso -influido por libros como "La cabaña del tío Tom" de Harriet Beecher Stowe o "Max Haavelar" de Multatuli y otros por el estilo-. Cosa similar ocurrió al exponer otras ideas en distintos puntos del libro.

Considerando las inclinaciones del autor podrá asombrar el que haya tomado para retratarla precisamente la figura de uno de los más horrendos dictadores, cuando decididamente cualquier relato de esta clase parece acarrear una involuntaria glorificación de la tiranía. Aquí debe decirse que la mera circunstancia de nombrar a la figura central al comienzo del libro "¿El Grande"?, con signos de interrogación, aún no la hace grande, y quizá podríamos ahora, al fin del libro, teniendo en cuenta cuán insignificante es cualquier homúnculo, aún el más significante, y considerado por añadidura que ni era él mismo quien gobernaba, sino su

secretario general, preguntar con más justificación: Melgarejo ¿El Pequeño? De todos modos se eligió el personaje de un dictador para el relato, porque éste revela con más claridad los móviles más íntimos, los cuales, en otros casos, generalmente, quedan descansando a ocultas, y porque nos muestra, si sabemos pensar, en la forma más translúcida cuán espantosamente incalculable resulta una tal soberanía siendo un hecho que es siempre más fácil aprender de los errores, que imitar a los dechados excelentes. El presente libro no quiso traer una deificación de la tiranía, sino mucho más una diablificación de ésta, sin aspirar empero completamente a lo último, tendiendo en verdad a revelar humildemente lo humano, y como se dijo ya en el prólogo, a no olvidar jamás que el descrito fue dado a luz entre dolores. La elección del tema fue determinada aún por otra meditación: Así como durante mucho tiempo se consideraba la tragedia como una especie de arte apta únicamente para argumentos de realeza, así también las novelas biográficas parecerán preferir principalmente a las figuras históricas de trascendencia internacional, mientras, según la opinión del autor, el punto cardinal para la elección de un tema debe ser más bien que la figura retratada haya tenido una vida extraordinaria y no que haya sido el soberano anodino de un país quizás más importante que Bolivia. Y al igual que hoy en día ya admitimos gustosamente que un cautivador drama burgués a menudo nos ofrece más que un mediocre drama real, del mismo modo espera el autor haber demostrado que también la biografía de un héroe que está algo menos en el centro del interés mundial no es completamente instructiva, y que puede brindarnos distracción, fascinación y hasta enseñanza. Si el presente libro hubiese alcanzado su meta en este respecto, podría esperarse que los autores más dotados comiencen a ocuparse de temas que quizá estén un tanto más alejados del foco de atención que los hasta hoy discutidos, y leeríamos tal vez dentro de poco tiempo en lugar de una nueva biografía de Napoleón la de un soberano chino

desconocido, o de un magnate hindú, pero que por eso no tendrían que ser menos atrayentes.

Aún a otro punto sea llamada la atención del lector crítico. Las muchas comparaciones y anotaciones entre guiones o paréntesis no solamente tenían el objeto de plasmar más vivazmente la narración, sino también el de estimular y despertar la curiosidad para tomar conocimiento de hechos ignorados hasta la fecha o renovar el de otros medio olvidados. Seguramente tiene algo de profesoral el subrayar esto, pero la circunstancia de que el autor, procedente del círculo de la decadente cultura europea, escriba acerca de un tópico sudamericano, ojalá le proporcionara una consideración más indulgente en esta cuestión tan delicada. En cambio a aquellos lectores, que están familiarizados con ambos centros culturales, les ruego que desatiendan al siguiente párrafo.

Muchas de las comparaciones no se hicieron en forma tan directa como: mientras Melgarejo obró, habló, pensó, etc., así, el señor Rosas, Francia o Nerón lo hizo asá, (deducción del profesor pedante: "Interésate luego por la vida de éste o de aquél"), sino que muchas quedaron escondidas en leves alusiones, lo que entonces, dado que falta la respectiva indicación de fuentes, se podría denominar hurto de propiedad intelectual. Estos plagios se hicieron, cuando era conscientemente, con la intención de indicarlo después, y no de ofrecer lo ajeno como propio; los inconscientemente hechos, que seguramente ocurrieron aún con mayor frecuencia, podrían ser cohonestados con la reflexión de que, según el rabi Ben Akiba, "nada hay nuevo en el mundo" y que consecutivamente nadie puede escribir algo totalmente original.

Para aclarar lo antedicho acerca de "comparaciones levemente aludidas" señalemos uno u otro de los muchos casos. Viendo el epígrafe "Juana, no-doncella", casi todos advertirán la comparación contradictoria con Juana, la doncella de Orleans, y leyendo "Et tu mi fili, Brute!" pensarán en el asesinato de César; tal vez será menos fácil

para la mayoría escudriñar la alusión de "Sexo y carácter de Melgarejo", que se refiere a la importante obra de Otto Weinninger, sugiriendo este título además, quizá en forma un tanto mordaz, el término "el tercer sexo". Asimismo quisiera mencionar que el capítulo "Hermano de bronce" fue denominado así en reminiscencia a un libro de Alcides Arguedas, y que la noción "Intermezzo de los dioses", empleada en el párrafo acerca de la muerte de Belzu, trae origen de la obra maestra de Franz Werfel "Los cuarenta días del Musa Dagh".

La idea de presentar al narrador de la fábula equina como un cruce de razas era muy intencionada, dado que el autor defiende hasta cierto grado el concepto de que él no pertenece directamente a un determinado grupo, lleva lo más fácilmente a personas inteligentes a "pensar" y a producir ideas originales, principalmente porque al parecer la persecución, que éstos muchas veces sufren, les impulsa, en el caso de ser superiores al promedio en sus aptitudes intelectuales, a rendir algo excepcional. (Por eso la participación desproporcionadamente grande en el progreso cultural, científico u otro de la humanidad, de protestantes en países católicos, católicos en países protestantes, judíos en general, y no solamente de personas perseguidas en razón de su raza y creencia religiosa o política sino también de las acosadas por motivos sexuales u otros). La idea de mostrar al allí mencionado mestizo justamente como medio venezolano y medio norteamericano, surgió tanto del propósito de hacer hablar a un oriundo de la tierra de Washington y de la de Bolívar, como también procedió de la circunstancia de que el autor acababa de leer un libro de Thomas Russel Ybarra, medio norteamericano y medio sudamericano.

En lo que aún concierne a las fuentes en general, los autores cuyos textos servían en primer lugar como tales fueron citados [illegible]idas veces en el curso del libro, sin que empero hubiese [illegible] recordado el nombre en cada paraje donde se utilizaba un detalle extraído del respectivo

original. Aparte de libros han servido como fuentes también periódicos, folletos y otros documentos de la época. Un verdadero índice de éstos me parece superfluo en el caso presente, ya que se trata de una novela. Empero no quiero omitir aquí dar mis más sentidos agradecimientos al señor Gunnar Mendoza, Director de la Biblioteca Nacional de Bolivia, quien por una parte me prestó siempre su más amable ayuda para la obtención del material necesario, a menudo también de manuscritos, y quien por otra hizo la revisión del texto castellano, lo que yo consideraba indispensable, dado que este idioma no es mi lengua natal, y que el original está compuesto en alemán. Tampoco debo olvidar de agradecer muchísimo a una segunda persona, la señorita Brígida Plan, puesto que ha sido ella quien en la forma más desinteresada emprendió junto conmigo la traducción del manuscrito.

# BELCEBU O LA GULA

por Manuel Mujica Lainez

El tema de Melgarejo, que ha intersado tanto, en las últimas décadas a los escritores nacionales, ha intrigado también en el exterior, desde la publicación de "Un tirano romántico" del francés Max Daireau, pasando por los denuestos del colombiano José María Vargas Vila en su obra "Los divinos y los humanos", hasta "El otoño del patriarca" de Gabriel García Marquez, obra de la que el mandatario boliviano es uno de los inspiradores. Como complemento a los dos esbozos biográficos, que aparecen en páginas anteriores, ofrecemos a nuestros lectores estas páginas de fantasia del célebre autor argentino, que figurán en su libro "El viaje de los siete dominios" publicado en 1976, en Buenos Aires. Manuel Mujica Lainez, nacido en 1910 es autor de ensayos, poesía y libros de cuentos y figuran entre sus obras "Los ídolos", "La casa de los viajeros", "Invitados en el paraiso" y "Bomarzo".

## BELCEBU O LA GULA

.La chocita sobre cuyo techo de paja pesaban tan poco los siete emisarios del Averno y sus siete cabalgaduras, albergaba a un solo morador: Don Antonio Robles. Dicho con más justicia, cobijaba a dos: a don Antonio y a su Angel de la Guarda. En esos momentos del despertar de la noche, mientras rivalizaban las campanas y la orquesta para atraer a los habitantes de Potosí - las unas, hacia el rezo piadoso; la otra, hacia el pagano zapateo-, Don Antonino, como siempre, optaba por las primeras y, los brazos en cruz, de rodillas en el duro piso, recitaba, una tras otra, las avemarias interminables. Un cabo

de vela, también puesto en el piso, iluminaba apenas la única habitación, y pincelaba de leve amarillo el altarejo delante del cual el anacoreta repetía sus devociones. Mostraba éste, cuando la debilidad del resplandor lo permitía, una acumulación de elementos dispares: pobres y truncas imágenes de yeso; estampas del santoral, que orlaban viejos cadáveres de moscas; flores y festones de papel; alguna insólita pintura colonial, cuyos oros desaparecian bajo la capa de mugre; restos de muñecos infantiles, de trapo, apolillados y colgados de las vigas; barquichuelos de madera, rosarios de cobre; el latón de tristes exvotos: miembros, orejas y bocas; y hasta un escarpín extrañamente nuevo, que pocas horas antes había calzado a un niño de meses, y que se balanceaba en el aire frio, delante de un cráneo de vicuña. Esa profusión abigarrada absorbía el interés de Don Antonio, y si de súbito un soplo de viento acentuaba la ronquera del trombón, el tronar del bombo o el escándalo de las risas, el penitente apartaba aquellos ecos de la mundana salacidad, con un movimiento de su seca mano y, transportado por el tañir de los bronces, reanu-

daba su oración. Al alzar reiteradamente la cabeza monda, liviana, de pájaro, en la que brillaban los ojos como otros cirios, hacia el desorden del altar, y al levantar las palmas juntas, se advertía la extrema delgadez de su cuerpo, en el qùe la ropa pendía como si no le perteneciera. Hubiese sido imposible pretender asignarle una edad concreta, y por otra parte él mismo ignoraba la que le correspondía. Entre cuarenta y setenta años podía tener Don Antonino. Lo indiscutible, en cambio, era la mezcla de sus sangres. Rasgos indios y españoles afloraban en su rostro arrugado, cobrizo, y de la combinación provenía un fruto inesperadamente aristocrático, en el cual estaban presentes la impasibilidad incaica y el orgullo peninsular. Pero los largos decenios de lucha contra las pasiones habían suavizado su expresión, y si alguna huella prevalecía de sus procesos lejanos, Don Antonino la disimulaba bien. Menudo, endeble, descarnado, enteco: asi lo entrevieron los demonios, por las fisuras de la choza, cuando por primera vez se enteraron de su existencia. Parecía formar parte del altar que había inventado y adornado. A su izquierda, en el suelo, un cánta-

ro de agua y un puñado de granos y raíces explicaban su escualidez. La verdad es que hacia años y años que no probaba más alimento, y que en ciertas ocasiones, si el frio arreciaba mucho y también la furia de las tormentas de nieve, ni siquiera ése se llevaba a la boca, porque las buenas mujeres que lo dejaban a su puerta y que le pedían que rogase por ellas y por el pequeño que les abultaba el vientre, no conseguían escalar el cerro hasta la terraza donde se escondía su tugurio.

El Angel de la Guarda resultaba entonces el único compañero del solitario. Morocho, ceñida la frente por una vincha de dibujos geométricos, compartía su cabaña, en cumplimiento de la misión que se le asignara desde que nació el eremita, y si bien no formulaba queja alguna, con referencia a su trabajo, pues era sinceramente angélico, acaso se le ocurriera, a veces, que podía haberle tocado una tarea menos monótona, porque lo cierto es que tenía muy poco que hacer. Su función se reducía a contemplar al contemplativo; a verlo enriquecer, con aportes dudosos, la indigencia de su retablo; a observarlo cuando malcomía, hundiendo los

dedos agudos en la escudilla áspera, y sin abandonar por eso, entre un bocado y otro, el silabeo de la oración. Al principio, el Angel se presentaba en el Cielo , semanalmente, con informes minuciosos de la actividad de Don Antonino, pero estos eran tan idénticos entre sí, que a cierta altura no hubo quien atendiese allá, donde están harto ocupados, la repetición de sus comunicaciones. Espació, pues, más y más, esas gacetillas, para que no lo consideraran fastidioso, hasta que terminó por suprimir las crónicas iguales. Consecuentemente, y a fin de llenar la horas, se materializó ante Don Antonino, quien acogió ese portento como una prueba de la divina generosidad. Múltiples fueron las conversaciones que iniciaron, mas era tal la diferencia de su preparación, que el custodio concluyó por renunciar a elevarlas al plano de la teología en el cual se movía con holgura, y por limitarlas al nivel de las cuestiones caseras, que Don Antonino dominaba mucho mejor. Y dentro de éste, se redujo también, con angelical modestia, más que al ejercicio de la cotidiana discusión, al de las faenas prácticas, ayudando a su protegido a barrer, a lavar, a hervir los

alimentos y a decorar la capilla, no obstante que ésta no le gustaba demasiado. De esa suerte se estableció entre ellos una respetuosa camaradería, y llegó a ser tan honda la confianza que el Angel cifró en Don Antonino, alejado, por lo demás, de la probabilidad del pecado, que el querube no vacilaba en abandonar, pasajeramente, su puesto de centinela, para distraerse de uniformidad tan beata con paseos por el contorno. Esa tranquila certidumbre enmoheció un tanto la eficacia patrullante del policía celeste quien, cómodamente seguro, algo desatendió sus obligaciones. Sólo con estos antecedentes se justifica lo que después se referirá. Y los refirma el hecho de que en la ocasión excepcional en que sobre el techo de la choza de Don Antonino se posaran siete demonios, con sus siete mostruos respectivos, el Angel de la Guarda no los reconociera, y que si le pareció que individualidades extrañas perturbaban la paz de su refugio, lo atribuyó, como otros días, a grandes pajarracos hambrientos, de aquellos que solían merodear por la zona.

Afuera, soplaba el viento filoso, y Supernipal y Superunda se quejaron. Resolvieron

los demonios trasladarlos a una cabaña próxima, abandonada, y los extendieron sobre las andas de Belfegor, previo desalojo de la dama tortuga, quien por supuesto protestó y se indignó de que la hubieran conducido a un sitio donde el común denominador era la incomodidad. Encendieron fuego allí. Agrupados en torno del sirenito barbudo, que hipaba y resoplaba en los brazos maternos, y a quien alumbraba un suave fulgor que parecía emanar de él, los demonios componían en el rancho una mágica imagen primitiva, suerte de desconcertante pintura en la que un maestro, flamenco alemán, hubiese substituido, adrede e irreverentemente, los personajes. Las figuras del grifo y el toro, recortada la una y la otra espesa, encuadraba, dentro de la estética combinación, las manos diabólicas, garrudas, cruzadas sobre los pechos o estiradas con aflicción teatral, rodeando las cuales palpitaba el temblor de las alas membranosas, plumosas y textiles (estas últimas pertenecientes a Mammón y a Leviatán), como un follaje multicolor que estremeciera la brisa.

Obviamente, no bastaban, para tranquilizar a los enfermos, las píldoras de Belcebú,

de modo que el de la gula, recordando que en el panteón babilónico lo adoraban -nunca entendió porque- como patrono de los médicos, produjo el "Larousse Médical", en la edición de 1924.

-No he conseguido una más nueva- se disculpó-, pero todo está en este libro. Este libro es el mejor diploma... y yo no soy muy librista... A ver...

Dio vuelta a las páginas, espiado por los otros.

-Soroche- deletreó- ¿Quizás, en francés, soroshe o sorroche? No está. ¿Mal de la altura? ¿de hauter? Haute fréquence, ver eléctrothérapie. No es esto. Haut mal, sinónimo de epilepsia. Tampoco.

-Busque presión-le sugirió Luzbel-, pressión...

-Ver hypertensión No es eso. !Cuantas fotografías horribles! ¿Y atmosphere? "La pression atmosphérique a une action sur la santé et probablemente sur les épidemies" Nos hallamos como al principio. ¿El mal de la altura se relaciona con la hipertensión arterial? Creo que no y confieso mi ignorancia.

-Me asombra -dijo Satanás- que Su Exce-

lencia pueda ser el patrono de los médicos.

-Lo fuí entre los asirios, y las cosas se han modificado bastante, desde aquella época.

-Lo más indicado -interrumpló Belfegor, entre dos bostezos-, será darles coramina y dejarlos descansar. La presión, en estos casos, baja y no sube. En consecuencia, hay que tonificar al corazón. Aquí tengo coramina; nunca me separo de ella.

Admirados, se pasaron, reverentemente, la caja. Belcebý leyó el prospecto, destacando los vocablos, como si fuese una invocación secreta:

-Dietilamida del ácido piridino B carbónico. !Qué hermosas palabras!

Las salmodió Asmodeo; los demás le hicieron coro y, mientras suministraban las pastillas a los dolientes, sus voces se elevaron, con fondo de campañas y de tambores, saturando el aire con gregorianas cadencias:

-Dietilamida del ácido,
Dietilamida del ácido...

-La poesía -declaró Leviatán-anida en lugares oscuros.

Poco a poco, se calmaron los indispues-

tos. Cerráronse sus ojos y respiraron con regularidad. Entonces los demonios salieron en puntas de pies, confiando la vigilancia de Superunda y su vástago a la seriedad del grifo. En el exterior, el frió apretaba. Se llegaron hasta la choza del eremita; comprobaron que todo seguía igual. El Angel de la Guarda dormitaba y Don Antonino también.

-Es a Don Antonino -dijo Belcebú- a quien tengo que tentar.

-¡Que tema para Flaubert! - comentó Asmodeo-: "La Tentación de Don Antonino".

-Y éste -puntualizó Satanás, señalando al ángel moreno de la vincha aborigen- debe ser uno de los ángeles negros que reclaman las canciones. Dejémoslos y vayámonos al centro de Potosí, a averiguar la razón de tanta bulla.

Abrieron las alas y planearon, unánimes, mayestáticos, sobre la Villa Imperial. Luego aprovecharon las penumbras de una calleja soledosa, para cambiar su aspecto por el de siete indios. Se ajustaron los gorros, que les tapaban las orejas; calzaron ojotas; cubriéronse con ponchitos y, lentamente, pues en esa región no conviene apresurarse, ganaron la Plaza del Regocijo, donde

se intensificaban el fulgor de las luminarias y el estruendo de la fiesta. Pronto se mezclaron con la multitud que merodeaba, comiendo y bebiendo, entre los puestos de venta de carne de oveja y de buey, de aguamiel y tortas fritas, de alfeñiques, de mazapán, de roscas de chuño, de charqui, de chicha y licores. Asmodeo requebraba a las cholas, escaparates de pintorescas alhajas y, al volverse, risueñas, las mujeres hacían tintinear las caravanas de oro. Sumábanse allá el lujo arcaico con la pobreza inconcebible, porque así como relumbraba el bárbaro barroquismo de las joyas, brillaban las exhibidas pústulas de los mendigos.

-Algunos de éstos -susurró Belcebú- parecen ilustraciones del "Larousse Médical".

-Y algunas de éstas -añadió el de la lujuria- son más comestibles que tanta oveja.

Lanzóse a resoplar la banda, y se reanudó el baile, que invadía los patios de la Casa de la Moneda y los de las casas vecinas, hasta los de aquellas, muy hidalgas, que ostentaban todavía, sobre los portales, la cuartelada pompa de los escudos españoles. Numerosos militares, flamígeros de en-

torchados y medallas, danzaban y brincaban con las indias. Oyéndolos hablar, enteráronse los demonios de que hacia un mes que duraba el holgorio, exactamente desde que el Capitán General Mariano Melgarejo, Presidente y Protector de la República, se había establecido en Potosí, tras derrotar al General Acha en la batalla de Cantería. De Melgarejo se narraban prodigios y sus soldados no se cansaban de reiterarlos. Ebrios, locos, gritaban su nombre, que restallaba como una bomba más o como un carajo soez, y apenas se reunían tres o cuatro, mixturando los pantalones de tela blanca, las casacas verdes, amarillas y rojas- colores nacionales- y los pies semidesnudos, los potosinos hacian rueda para no perder los fabulosos relatos que desgranaban entre regüeldos. No había transcurrido un año, desde que el general mestizo y cuarentón comenzó a gobernar a la zarandeada Bolivia, y en tan escaso tiempo se había transformado en personaje de leyenda. Se lo juzgaba invencible. El país ardía por los cuatro costados, multiplicando los motines y las revoluciones, y él, con su pequeño ejército, lo cruzaba sin fatiga de punta a punta, desafiando a

los caudillos rebeldes y a la naturaleza hosca, para imponer la ley feroz de su bravura. Dejaba una orgía, beodo, saltaba sobre su negro caballo Holofernes, y galopaba en pos de enmigos. Era inexorable. Fusilaba, acuchillaba, actuando él mismo de verdugo si fuera (o no fuera) necesario, con el arma siempre lista. Su capa púrpura flameaba sobre los cadáveres. Y seguía, borracho de vino y de orgullo. Casi no sabía leer, pero si lo requerían las circunstancias, electrizaba a sus tropas con discursos violentos. Su peor adversario había sido Belzu (no confundirlo con Belcebú), a quien apodaban "el Arabe" por la atezada elegancia de su físico, y cuando Belzú, ídolo del pueblo logró apoderarse de La Paz, sacando provecho de su ausencia, y desde el balcón del Palacio, flanqueado por generales traidores, recibía las aclamaciones de la muchedumbre Melgarejo atravesó la plaza, fingiéndose prisionero en medio de la plebe atónita, entro en la habitación donde el Arabe le abría los brazos, lo mató con su oculto revólver, salió al balcón a su vez y allí, después de unos segundos de asombro, oyó vitorear su nombre a los mismos que habían coreado,

frenéticos, el de su opositor. Después mandó servir un banquete, del cual participaron los oficiales que lo habían abandonado, mientras que en otra parte de la casona el populacho lloroso desfilaba por la capilla de Belzú.

-Me gusta este individuo -acotó el demonio de la ira-. Me entendería perfectamente con él. Me gustaría verlo.

No fue menester que lo repitiera, porque el Capitán General apareció, caballero en Holofernes, desmontó y se allegó a los danzantes. Era un hombre espléndido, alto, garboso, robusto, de anchas espaldas, de pecho fuerte. Alargándole el rostro mate, de facciones finas, la barba negra, sedosa y oval, se le derramaba sobre el dormán azul, constelado de alamares y de condecoraciones, que relampagueaban menos que sus ojos, ya tiernos, ya terribles. Se movía con elasticidad felina, y en los giros del baile, su capa roja tremolaba como una bandera.

-¡Bravo!- exclamó Satanás, sin retenerse- ¡Si un tigre pudiera bailar, bailaría así!

Tenía por compañera a una muchacha pálida, bellísima, de cuerpo voluptuoso, grandes

ojos negros y grave mirar. La multitud se apartó, para darles sitio, y continuaron rotando, incomparables, como si no fuesen dos personas, sino sólo una , armoniosa y resuelta. Asmodeo indagó la identidad de la niña, y la comunicó a sus camaradas:

-Es Juana Sánchez, su amante, a quien adora. La madre, viuda de un coronel, se la entregó a cambio de una pensión. Después llovieron sobre ella las dádivas. El primer encuentro amoroso de estos dos seres estupendos duró tres días, durante los cuales los edecanes anterrados escucharon, a través de la puerta cerrada, sus rugidos de pasión. Estoy de acuerdo con Su Excelencia -agregó, dirigiéndose a Satanás y tocándose el gorro tejido en breve saludo-: es un individuo maravilloso.

El individuo, entre tanto, seguía bailando. Bailaba desde la niñez, desde su Tarata natal, en la que los indios le enseñaron a hacerlo, al son de las quenas; y desde la Cochabamba de su adolescencia, donde los ciegos ritmaban sus pasos con la guitarra y el salterio. En La Paz, ya Presidente, por obra de su fogosidad, de su crueldad y de su astucia, organizaba bailongos a

los que sólo concurrían hombres, pues la señoras no se resignaban aún a compartir el jaleo con la Sánchez, y donde los viejos funcionarios hacían cabriolas, abrazados por los tenientes, al par que Melgarejo los estimulaba a tiros. Y en Potosí, la Plaza del Regocijo entera y las adyacentes, sobre todo la Plaza del Gato, se estremecian, como si los caserones intervinieran también en las mudanzas. Por fin, la banda calló, y en el intervalo trajeron más vino. Entonces, empujado por sus colegas, Belcebú comprendió que había llegado el momento de actuar. Arrastró a los suyos hasta la calleja de las Siete Vueltas, desploblada a la sazon, y en la Plaza de la Ollería, frente a San Agustín, les propuso que formasen una pirámide humana, no sin sembrar sus ropas, previamente, de lentejuelas, y de proveer a cada uno de una antorcha.

Sobre los hombros firmes de Lucifer, se encaramó Satanás, quien sostuvo con ambos brazos a Belfegor y al cocodrilo; iban encima de éstos, de la misma manera, Asmodeo y Mammón y, coronando la construcción en forma de cruz de Caravaca, el gordo Belcebú blandía dos teas. Aquella extra-

ña arquitectura bípeda se trasladó, rozando las fachadas con las lumbres, hasta el dilatado espacio abierto en el que la orquesta militar se aprestaba a reanudar los compases. Al verla, detuviéronse los músicos y enmudecieron las parejas. El propio Melgarejo y su divina Juana, que ocupaban sendas sillas, pusiéronse de pie y se restregaron los ojos, porque por la plaza procedía una nunca vista columna ofuscante, con chisporroteo de lentejuelas y llamear de hachones, acentuando el color de los trajes indígenas y los gestos absortos. Delante del dictador, se deshizo, con ágiles piruetas la torre de volatines, y como el Presidente otorgó su aplauso a los siete acróbatas que permanecían de hinojos frente a él, la muchedrumbre palmoteó, entusiasta. Magnánimo, el Capitán General mandó que les sirvieran chicha y arrojó a cada uno un "melgarejo", que era falsa moneda. Después, movido por la curiosidad, interrogó a los saltimbanquis, pues lo dejaba estupefacto, con harta razón, que unos pobres indios fueran capaces de esos juegos.

-Parece cosa diabólica -dijo, sin equivocarse.

Belcebú se le acercó, con mil bufonerías, y el Protector de la República, que como todo aprendiz de César era afecto a los histriones, presto se echó a reír y hasta olvidó, por escucharlo, la seducción del baile, que recomenzaba con fresca furia, ahora interpretado por mimos enmascarados de gallos y de cornúpetos. Conviene señalar que Belcebú se esmeró hasta lograr su conquista, amansando al tigre, por medio de un diluvio de bromas y de anécdotas, inventadas o reales, las que -por aquello de que el diablo sabe menos por diablo que por viejo- fascinaron al dictador, goloso de narraciones. Y entre sus donaires, Belcebú se ingenió para introducir la descripción del altar de Don Antonino Robles, y para indicar al Presidente que lo único que faltaba allí era una imagen de Melgarejo. ¿Por qué no llevársela ? Reverenciado constantemente por él, junto a sus santos, el Capitán General ganaría el Cielo como fruto de tantas oraciones.

La idea encantó al Presidente; era el supremo complemento del cual carecía: un lugar entre los elegidos del Señor. Y como sobre-

salía por sus dictámenes rápidos, ordenó que en seguida buscaran, en su equipaje, una enmarcada litografía que lo mostraba en la majestad de su atuendo de héroe sudamericano. Alabáronla los demonios, y Melgarejo, bajo el impulso del alcohol y de la vanidad, dispuso que de inmediato se dirigieran al Cerro, para presentar al ermitaño su obsequio prestigioso. Hízose así, y el Capitán General se entretuvo en combinar el desfile, con el arte que usaba al planear sus expediciones bélicas.

Escasos minutos fueron necesarios para que partiese la comitiva. Iba adelante la banda, martirizando los instrumentos. La seguía la pirámide de los demonios, cuyas antorchas hacían resplandecer el retrato del jefe, mantenido en lo alto, como una reliquia, por Belcebú. A continuación, Melgarejo cabalgaba a su Holofernes de larga cola, con Juana, revestida de la capa púrpura, en ancas. Y detrás hormigueaban los capitanes y los soldados, con los cuales se entreveraron algunos bailarines, de caretas crestadas y cornudas. Como la totalidad de la procesión estaba compuesta de ebrios, el trastorno de sus filas ondulaba y tropezaba, en las callecitas, donde las igle-

sias ilustres y las blasonadas puertas encuadraban su desarrollo, y a medida que iniciaba la ascensión del Cerro, el dédalo de montañas que cerca a Potosí -del Karikari y sus lagunas al Colquechaca y el Turqui, hasta los eslabones de Chinguiapaya- se fue asociando, despabilada por la luna y por las estrellas frías, a la rareza del espectáculo, al que contribuyó con sus azules, turquezas, bermejos y grises. Continuaron así, sonando y cantando, rumbo a la choza de Don Antonio. Llamas y vicuñas, espantadas, los precedían.

El Angel de la Guarda despertó, alertado por el alboroto. Se acomodó la vincha y salió, para investigar su motivo, y vio evolucionar, camino de la ermita, sorteando rocas y eludiendo precipicios, a una serpiente luminosa que erguía sobre su cabeza una cruz ardiente. Por acostumbrado que estuviera a los portentos y a las miríficas alegorías, no dejó de sorprenderlo la singularidad de la peregrinación, cuyo símbolo no acertó a reconocer, pues hacía ya muchos años que vivía en retirada soledad, pero su inocencia calculó que aquel, tan fantástico, era el premio sobrenatural que correspondía a Don Antonino, como recompensa de sus beatos desvelos. Se apre-

suró pues, a sacudir al varón bienaventurado, y al reaparecer ambos a la puerta, se encararon con la mamada vanguardia melgareja, que alternaba las preces con los canturreos rijosos. También Robles, azuzado por su Angel, imaginó que venía hacia él el galardón celeste, y cayó de rodillas, al paso que el famoso Melgarejo, tomándola de manos de Belcebú, se internaba con su efigie en la cabaña, y la colocaba en el medio del altar, desplazando los yesos de la Virgen María y de San José. Sólo en ese instante, cuando el gentío invadío y rodeó la choza, el de la Guarda se dio cuenta de la gravedad sacrílega de su error. Asustado, se remontó en el aire, en demanda de refuerzos, pues creyó advertir que en la turba de soldadesca y de enmascarados, se disimulaban varios demonios. No le elcanzó el tiempo para prevenir al magro e ingenuo Don Antonino, quien rendía el tributo de su devoción a la imagen del caudillo, con el mismo fervor que dedicaba a todo su excéntrico santuario.

El vino no cesaba de fluir, y Melgarejo encabezaba el frenesí de los bebedores. Abarcando con un brazo la ancha cintura de Belcebú, imprimía a su corpachón un balancea-

do meneo y canturreaba los latines que había aprendido del cura de Tarata, y a los que las quenas adicionaban su comentario melancólico. El de la gula explotó la oportunidad para proponerle que agasajara con un festín a Don Antonio.

-Permítame Su Excelencia, como un favor especial, encargarme de la comida -le dijo en un quichua vago-. Le juro que no se arrepentirá. Soy un cocinero notable.

El tigre estaba de buen humor. Su inclusión en el retablo abría ante él perspectivas novedosas, en el dominio eterno. Acarició a Juana y lanzó una risotada, que acompañaron los más próximos.

-No habrá cordero ni buey -continuó Belcebú-. Concédame Su Excelencia quince minutos.

-Está bien -le replicó el jefe, previendo una travesura del bufón-, pero si no cumples, te cortaré la cabeza.

Desaparecieron los siete demonios, en el tugurio en el que habían dejado a la delegada obrera y a Supernipal, en tanto que la tropa derribaba las ruinas del tercer bohío existente en esos contornos, y las utilizaba para armar una hoguera enorme.

-El indio está loco -dijo Melgarejo, y desenvainó la espada-. Dentro de un cuarto de hora, se despedirá de este mundo; antes, nos procurará una diversión.

Los siete encontraron a Superunda y su hijo muy serenos. Los monstruos los velaban con solicitud familiar. Belcebú se arremangó, meditó un instante, e informó:

-Les daremos buey y cordero, mas no los reconocerán.

Menos del tiempo solicitado le sobró, para aderezar unas viandas cuya cocción le hubiese requerido la noche, si hubiera sido posible hallar los múltiples elementos imprescindibles, en el aislado Potosí. Bajo sus manos hábiles, inspiradas, surgieron obesas ollas y preclaras sartenes, y en ellas la delicia del "boeuf mode", sazonado con lonjas de tocino fresco, pimienta, tomillo, zanahorias, cebollas, hierbas aromáticas y laurel. Lo regó con vino blanco y coñac e inflamó a este último. También aprestó el buey braseado con aceitunas, mechado con ajo y perejil, sobre el cual volcó, murmurando frases cabalísticas, el Madera seco; las chuletas de cordero asadas, con puré de cardo; las asadas a la Soubise; el cordero entero con salsa de

pimienta. El perfume exquisito sahumó la estancia. Relamiéronse los demonios, los macacos, el grifo, la serpiente y el sapo (nada herbívoros ni insectívoros), que trajinaban, cortando puntas de espárragos y arrojando puñados de guisantes y de trufas. Superunda y Supernipal abrieron los ojos y se extasiaron. Y Belcebú, en el corazón del ajetreo, se destacaba, triunfal, haciendo brotar de la nada las botellas de su Haut-Brion preferido y del campagne de la Viuda; probando, aquí y allá, los condimentos, con un redondo cucharón que hacía las veces de varita mágica; tarareando la "Marcha de las Juventudes Demonistas" y tornando a enriquecer y a revolver las ollas. Se excedió en los postres, libre ya de la restricción que le imponía la uniformidad de las carnes patrias. Los macarrones de pistacho, avellana y chocolate; las rosquillas de frambuesas; los bizcochos bañados en café, en fresas y en kirsch; los merengues de piña; las pastillas de grosella; las bombas de albaricoque y marrasquino; el queso helado de crema y naranja; la "mousse au chocolat praline" y el "clafoutis" del Limosín, logrado con cerezas oscuras, desbordaron de las fuentes. Eran éstas de plata maciza y de por-

celana de Limoges, y Belcebú extremó su refinamiento, como en los cubiertos y en los platos, hasta imprimir en la vajilla las iniciales del Capitán General. En cuanto a las servilletas de damasco, con tal sabiduría las plegó que semejaban veleros, liebres y tricornios. Cuando todo estuvo listo, distribuido y ornamentado, salieron los diablos a la meseta, portadores del banquete.

Se pasmó el público, pese a la embriaguez, ante el espectáculo, y el Presidente Provisional perdió el uso de la palabra, porque aquel cortejo que avanzaba, en la noche, entre el vapor de los manjares vistosos, como si fuese una comitiva quimérica, exhumada del seno de un volcán, sobrepasaba de lejos, lo mismo que la anterior pirámide de antorchas, las creaciones de la boliviana alucinación. Al día siguiente, no bien el héroe y su hueste recuperaron la lucidez, se entabló una polémica acerca del increíble caso. El servicio y los roídos restos de los comestibles se habían esfumado; otro tanto aconteció con los siete indios misteriosos; y se sucedieron las tesis más diversas, para explicar el fenómeno. Alguno, más leído, se inclinó por la sugestión colectiva; algunos, por los efectos de

un sueño utópico, atribuible al abuso de los brebajes; hubo quienes optaron por la reproducción del milagro del maná, imputable a la santidad de Don Antonino y a la omnipotencia de Melgarejo; y Melgarejo opinó que era cosa de brujas.

Pero eso fue al día siguiente, luego de que se levantaron, vidriosa la mirada y ácida la lengua. Esa noche, cuando atestiguaron la presencia de vituallas tan finas como distintas, dimanadas de una casuca enclenque, en lo único que pensaron fue en gozar de su sabor. Su estado, la niebla que les forraba los cerebros, no les permitía discusiones. El dictador, zigzagueando, guió al abismado Don Antonino Robles hasta la fogata; le otorgó el sitio de honor, sobre una piedra cóncava; y se sentó a su lado ,con Juana Sánchez a su derecha. Los demás se desparramaron según su antojo, y la fabulosa sucesión de vitaminas y suavidades, de picantes y dulzuras, de sorpresas y satisfacciones, se produjo mientras hincaban los dientes, hacían crujir las mandíbulas, halagaban los paladares y sentían ambular, por sus canales digestivos, entre eructos y rumores [illegible]ios, el caudal líquido y sólido que alegraba su humanidad. Prorrumpían en

vítores, anticipado por los del exuberante Melgarejo, quien, como es lógico, no cercenaba su admiración. La banda, en cuanto trocaba los bocados por los trombones, y los tenedores por los palillos de tambor, insistía soplando y batiendo. Y los monstruos invisibles e infernales -más que ninguno, el toro asirio- zampaban cuanto podían. Oponíase al arrebato, la paz adusta del paraje, bajo el cielo estelar. Melgarejo, antes de comer, hacía probar una tajada, por temor de que lo envenesasen, al Coronel Aurelio Sánchez, hermano de su querida, un rufían, el mismo que lo asesinó en Lima, seis años después, sin que Juana abandonara, ante el crimen, su dura indiferencia.

Como nunca necesitó Don Antonino, la noche en que recibió el retrato del Protector, el apoyo material y moral de su custodio. Chirriaban y silbaban sus entrañas famélicas, hartas de alimentos míseros, frente a la gloria de la excelsa gastronomía. Los ojos se le saltaban de las órbitas, en pos del "boeuf mode", que olía a coñac, del cordero espolvoreado con pimienta y de los merengues al kirsch, y los apartaba dolorosamente. Musitaba antiguas oraciones, apretando

los labios, al par que Melgarejo le tendía unos platos monumentales. Puestos alrededor, los demonios lo codeaban; le describían las recetas; le servían cucharas derramadoras de salsas epicúreas. En especial, Belcebú lo asediaba con sabrosas instigaciones. El pobrecito se retorcía las manos, e indagaba con inútil ansiedad por su Angel ausente. Y entre tanto insistía la disimilitud de los aromas, que le sitiaba la nariz; de las formas y los tonos, que le atormentaban la imaginación y le humedecían la boca con saliva amarga. Por fin dejó escapar un quejido casi infantil, puso en blanco los ojos, y se arrojó a comer. Comió de todo y varias veces; comió como quien se tira al agua, a nadar con fruición; comió con el cuerpo entero, extinguiendo nostalgias, indemnizando angustias, corporizando ensueños terribles. Y bebió, bebió; se duchó en champaña; se sumergió en vino tinto; se roció con licores. El desquite jamás pensado, subconscientemente añorado, le hizo latir el corazón y florecer las venas. Sufría, al principio, bajo las tenazas del remordimiento, pero la felicidad que le procuraba la represalia tardía, ahogaba su inquietud.

-Este hombre -le dijo Belcebú a Lucifer-

no ha pecado hasta ahora por falta de oportunidad y porque no le alcanzaron los medios. Observe qué pronto ha caído.

-No se quite méritos -le respondió el soberbioso-. Su Excelencia ha trabajado más que bien, y ¡a qué velocidad!.

Melgarejo, simultáneamente, redoblaba las libaciones. Como otras veces, sucumbió ante la tentación sensual del exhibicionismo. Era sabido que, en la cúspide de la borrachera, caía en la extravagancia salvaje de desnudar a su hembra en público. Más aún, había establecido una especie de liturgia fetichista del cuerpo de Juana, a quien debían rendir culto sus ministros y sus generales. Sin ropas, la muchacha presidía los consejos republicanos, y los miembros del gabinete se inclinaban y arrodillaban en torno. El tirano los acechaba, para detectar el menor signo de deseo, pronto, si éste se manifestara, a abatirlos, de modo que los funcionarios actuaban como si la carne de la joven, tan vital, correspondiese a una inanimada escultura. Le arrancó, pues, los vestidos a tirones, hasta que quedó como vino al mundo, o como Lucifer en apariencia de demonio. Parecía sumisa, pero si levantaba los párpados,

por su mirar cruzaban relámpagos de odio y de vergüenza. De pie junto a la hoguera, encima de una roca, exponía el esplendor de sus pechos, de su vientre, de sus piernas, cuya áurea lisura lamían las llamaradas. Detrás, de mármol negro, Holofernes relinchó y sacudió las crines. Nadie, por alcoholizado que estuviese, osó decir palabra. El fuego enrojecía la inmovilidad de las siluetas en cuclillas, a las que transformaba en huacos vetustos. Las emplumadas caretas de los bailarines auguraban desenfrenos abominables. Don Antonino se cubrió el rostro con ambas manos y sollozó. Le destapó la cara, de un ponchazo, el Capitán General, pero el ex asceta no dio pruebas de interesarse por la mujer. Belcebú le ofreció más "mousse au chocolat".

-Me equivoqué -se corrigió el demonio, dirigiéndose a Lucifer, nuevamente-, Don Antonino no pecaría con Doña Juana, aunque se le brindara la ocasión. Es cierto, sin embargo, que todos los órganos no tardan el mismo tiempo en herrumbrarse.

-Si yo me hubiese encargado del asunto -intervino el lujurioso Asmodeo-, supongo que lo hubiera convencido, mas no me corresponde

esa tarea. Prosiga Su Excelencia con la suya, que cumple de manera ejemplar.

Y Belcebú prosiguió, hasta que la panza del ermitaño se negó a embarcar más alimentos; se retorció su organismo frágil, de marcada osamenta, tan delgado como el del avaro Mammón, y vomitó lo que había ingerido. Melgarejo cubría a Juana, que prorrumpía en estornudos, con la capa roja. La abrazó tiernamente.

-Insista, Excelencia -le reconoció Satanás al goloso- Ahora su candidato está vacío.

Hízole Belcebú, y Don Antonino, sin poner reparos en el orden del menú, tornó a devorar bombas de albaricoques y "blanquette" de mollejas de cordero, rosquillas á la Soubise y biftecs con naranjas, todo ello empapado en Haut-Brion. Se incorporó, y con lengua torpe, ensayó un brindis:

-¡A la salud del General Mariano Melgarejo! Desde que su imagen está en mi cabaña, cambió mi vida. ¡Es el santo de la abundancia, loado sea Dios!

Lo aplaudieron; el flamante santo se regodeó; tiró de la brida de Holofernes y le escanció una copa de champagne, que el bruto chupó sin dejar gota.

-¡Cómo lo hubiera atrído nuestro General a Suetonio, y qué acertadamente hubiese cmpletado su galería! -suspiró Asmodeo-. Es un César de la decadencia, con toda su petulancia y su delirio. A mi me gusta más y más.

-En mi opinión -dijo Leviatán- este asunto está resuelto. No cabe duda de que Don Antonino ha pecado. Mírenlo, Excelencias.

Las Excelencias lo miraron, con interés impertinente, aunque el cuadro que componía no era de los que regocijan el alma. Si ellos reflejaron un júbilo que pocos hubiesen compartido, fue por razones profesionales. Don Antonio yacía, como muerto, entre el producto informe de sus arcadas y un derrumbe de vasijas y de sobras. Manchado, embadurnado, la causa de su desbarajuste no había eliminado su lividez, antes bien la había convertido, con toques realistas, de virtuosa en culpable. El viento del altiplano, que se desató, hubiera podido acarrearlo en su cólera glacial -tan escurridiza, y tenue resultaba su estructura-, de no mediar los cuerpos tumbados en derredor, que plasmaban con el suyo una trabazón de miembros, algo así como un pulpo inconcebible. Dicho pulpo estiraba sus tentáculos numerosos en el pára

mo, y promiscuaba la vanidad de los uniformes militares con la modestia de los ponchos groseros, interpolando condecoraciones y ojotas, hasta suscitar también la ficción de un campo montañoso, después de un combate. Contribuián os esta última impresión los ayes que, aquí y allá, se oían y, a veces, el titubear incierto de un brazo o el deslizarse gemebundo de una sombra. Melgarejo, acurrucado sobre los pechos desnudos y ateridos de Juana, roncaba como si agonizase. Sólo Holofernes, sólo el intacto terciopelo radiante de Holofernes, quedaba en pie ,en medio de la derrota. Coceaba, fogoso, y erguía el belfo despreciativo.

- Ha llegado la hora de partir -porfió Leviatán-. Excelencias, partamos.

No quedaba nada por hacer, y Belcebú aceptó su consejo. En la cabaña vecina, aprontaron sus cabalgaduras, y se echaron a volar, elegantes como águilas.

- Hemos comido incomparablemente -dijo Belfegor, acomodándose en sus parihuelas-. Los macarrones de pistacho fueron magistrales. ¡Pobre Don Antonino! ¡Pensar que supone que por haber albergado la efigie de ese gran barbudo, seguirá comiendo así!

¿Cuándo volverán a comer así, en la Tierra?

- Nunca, se lo aseguro -le respondió Belcebú con sonriente humildad.

Se despedían a tiempo del Cerro de la Plata. Ya descendía, por la parte opuesta, desplazando jirones de nubes, el batallón de los ángeles. Bajaban, como un bloque de mármol blanquísimo que pudiera suspenderse en la atmósfera, sin mover un ala, enarbolados los aceros de serpentina hoja. Su centelleo era tal, que se dijera que una chispa del sol descendía, despaciosa, callada, solemne. El Angel de la Guardia de Don Antonino descendía con ellos, ladeada la vincha. Detuviéronse en el núcleo del desastre, y lo contemplaron, acentuando la compostura. Vibraba en torno el "Ave María" de Schubert. Pronto advirtieron que, a la distancia, se perdía el apretado grupo de los demonios.

- No vale la pena perseguirlos -dijo el que comandaba el batallón- No nos corresponde. Al fin y al cabo, no han hecho más que cumplir con su deber.

Marcharon levemente entre los despojos, recogiéndose la orla de las túnicas, y enderezaron a Don Antonino.

- Enderezar su cuerpo es fácil -tornó a hablar el jefe-; el otro enderezamiento, el del espíritu, costará. No podrás realizarlo tú -añadió, enfrentándose con el de la vincha- Se te releva de tu empleo.

Sopló sobre la aureola del desventurado, y ésta se apagó.

- Estás cesante -repitió-, pero no jubilado. Vuelve con nosotros. Ya veremos de qué se te encarga. Astur, te entrego la salvación de Don Antonino Robles.

Se elevaron a un tiempo, como habían bajado, siempre con música de Schubert, reconstituyendo el bloque inmarcesible de inmóviles figuras, en cuyo centro gimoteaba el ángel proscripto. Y Astur, rubio, de iris celestes, mojó el extremo de su alba vestidura, en una botella de agua de Seltz, y refrescó con seráfica bondad las sienes del eremita desquiciado.

"Breve historia del Litoral Boliviano"
de Raúl Bothelo Gosálvez

"¡Que se rinda su abuela carajo!"
de Mariano Baptista Gumucio

"Historia Gráfica de la guerra del Pacífico"
de Mariano Baptista

"El rostro de la furia"
de Enrique Rocha Monroy

"Simón Bolívar niño"
de Peggy Antelo

"Raíces semíticas"
de Mario Montaño A.

"Montenegro el desconocido"
de Mariano Baptista Gumucio

"Atrevámonos a ser bolivianos"
de Mariano Baptista Gumucio

"Madre naturaleza vuélveme árbol"
de Mariano Baptista Gumucio

"Tempestad en la cordillera"
de Walter Guevara

"Pasto Amargo"
de Víctor Hugo Libera

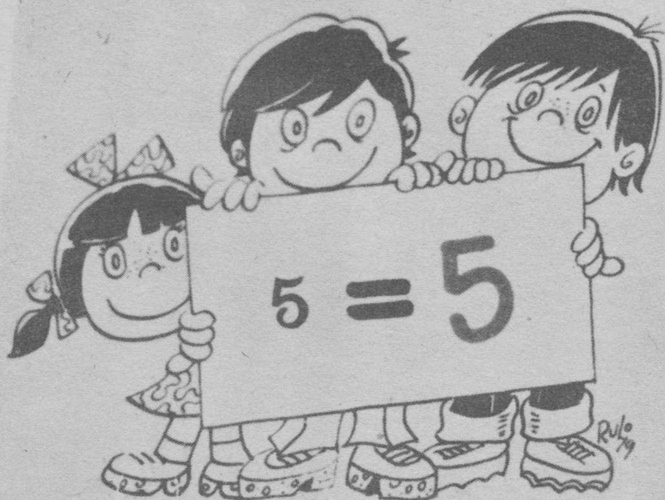
“El niño vs. el número”
de Iván Guzman de Rojas

“Niño Dios”
de Enrique Rocha Monroy

“Tradiciones Paceñas”
de Rubén Ochoa

“Cartas a los presidentes”
de Alcides Arguedas

# niño -vs- número




Iván Guzmán de Rojas

MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

# ATREVAMONOS A SER BOLIVIANOS






VIDA Y EPISTOLARIO DE CARLOS MEDINACELI

ALCIDES ARGUEDAS

CARTAS















*INDICE*

Esta edición se terminó
de imprimir el 15 de mayo de 1980
en los talleres gráficos de la
Empresa Editora "Khana Cruz" S.R.L.
Av. Camacho Casilla 5920
La Paz - Bolivia

Este nuevo volumen de la Biblioteca Popular Boliviana de "Ultima Hora" contiene tres textos de indudable mérito: la biografía novelada de Mariano Melgarejo, del consagrado escritor nacional Dn. Porfirio Díaz Machicao, el ensayo intitulado "Homo Melgarejo" del ingeniero austriaço Gerardo Mertens y el capítulo sobre "Belcebu o la Gula" del libro "El viaje de los siete demonios" del escritor argentino Manuel Mujica Lainez, en el que Melgarejo figura como personaje principal.

Melgarejo desgobernó a este país en los años 1865 a 1871, pero su sombría influencia se ha prolongado hasta nuestros días, como lo demuestran palmariamente varias administraciones de mandones de turno que se sucedieron en el siglo XX. De ahí la importancia de meditar sobre su personalidad y acción, a fin de que el país pueda finalmente liberarse de los nuevos melgarejismos, encubiertos bajo disfraces mas modernos.




BIBLIOTECA POPULAR BOLIVIANA DE

Ultima Hora